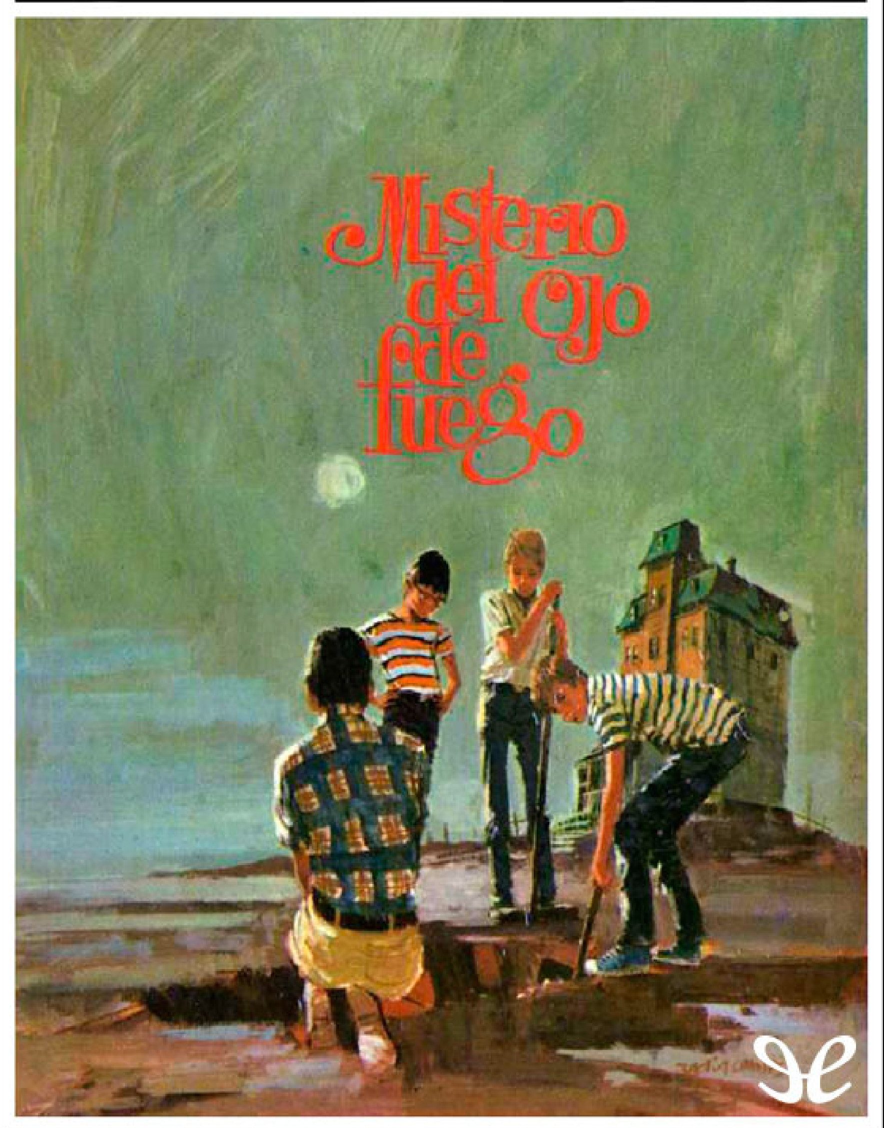
ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



Robert Arthur

Misterio del Ojo de fuego

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 7

ePub r1.4
Titivillus 22.06.16

Título original: *The mystery of the fiery eye*
Robert Arthur, 1967
Traducción: María Lourdes Pol de Ramírez
Ilustraciones: Harry Kane
Cubierta: Ángel Badía Camps
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: Prometheus (1.0), Panacea0 (1.1)
ePub base r1.2



¡ATENCIÓN!

Mi advertencia va dirigida a quienes son de naturaleza nerviosa, e inclinados a morderse las uñas ante una aventura, peligro o suspenso. No obstante, si tú, amigo lector, prefieres tales ingredientes en una historia, con fondo de misterio e intriga… ¡Adelante!

Aquí tenemos la séptima aventura que presento de los Tres Investigadores. Afirmo que nunca se hallaron ante apuros mayores. Empero, tú no estás obligado a creerme. Quizá prefieras comprobado por ti mismo. En tal caso… ¡Adelante!

Si aún desconoces a Los Tres Investigadores, Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews, te diré que habitan en Rocky Beach, junto al océano Pacífico, a escasos kilómetros de Hollywood, California. Tiempo atrás fundaron su organización destinada a resolver acertijos, enigmas y misterios, cosa que han logrado en cuantos casos han intervenido.

Júpiter Jones, primer investigador, es el cerebro de la sociedad, Pete Crenshaw, segundo investigador, más alto y fuerte, sobresale por sus condiciones atléticas; Bob Andrews, tercer investigador, es el más estudioso, y a su cargo está el archivo de la entidad y la búsqueda de datos en periódicos y bibliotecas.

¡Ahora comienza el *show*! ¡Pasa la página y viaja con los tres investigadores a la Isla del Esqueleto!

ALFRED
HITCHCOCK

Capítulo 1

Llamada a los Tres Investigadores

Había trabajo en el Patio Salvaje de los Jones. Mathilda mantenía en acción a Júpiter y sus amigos Bob y Pete. Sentada en una silla de hierro junto a la caseta que servía de oficina, vigilaba a los tres chicos. Éstos descargaban del camión grande de la chatarrería los diversos objetos que Titus Jones había comprado en su último viaje de negocios.

—¡Júpiter! —gritó ella—. Traed las estatuas y alineadlas sobre esta mesa, como si se tratara de una exposición.

Se refería a unas cabezas de yeso de personajes famosos, cuidadosamente acondicionados en la parte trasera del camión. En realidad, no eran estatuas, sino bustos de tamaño natural, de esos que se ven con tanta frecuencia sobre un pedestal en museos y bibliotecas.

Los muchachos se subieron al camión y contemplaron las obras de arte. Luego de breve estudio ocular, sospecharon que a nadie llegaría a interesar mucho la adquisición de aquellas testas. Eran trece, y tenían un color grisáceo debido al polvo de muchos años. Cada busto mostraba en su base el nombre del personaje a quien se suponía representaba.

—Julio César, Octavio, Dante, Homero, Francis Bacon, Shakespeare —Júpiter leyó algunos—. Éstos son famosos.

—Augusto de Polonia —leyó Bob—. No he oído hablar de él.

—Ni yo de Lutero o Bismarck —dijo Pete, señalando un par de bustos de aspecto severo.

—Pero sí reconocéis a la reina Victoria —habló Júpiter—. Y Washington, Franklin y Lincoln.

—Por supuesto —respondió Pete—. Bien, empecemos con Washington —se agachó para coger el busto de George Washington —. ¡Uf! —Jadeó—. ¡Cuánto pesa!

—¡Cuidado, Pete! —gritó la señora Jones—. Es una estatua muy valiosa y artística. Pienso pedir cinco dólares por ella.

—Bajaré a tierra y me la das —propuso Júpiter a Pete.

Pete, de rodillas en la parte trasera del camión, dejó cuidadosamente el busto de George Washington en los brazos de Júpiter. Éste lo sujetó con fuerza, y caminó despacio hasta situar el busto del primer presidente norteamericano sobre la mesa. Júpiter secóse la frente y dijo:

—Tía Mathilda, será mejor que esperemos a que Hans o Konrad bajen los bustos. Pete y yo podríamos tirar uno.

—Entiendo que puede sucederos —admitió la señora Jones, después de contemplar el primer traslado—. Y yo perdería cinco dólares. Está bien, Júpiter, quedáis libres de momento. Id a vuestro club o como se llame.

Tiempo atrás, Bob, Pete y Júpiter constituyeron un club dedicado a resolver acertijos, que luego se transformó en una empresa de jóvenes detectives, intitulada los Tres Investigadores. Sin embargo, la señora Jones seguía ignorante del cambio de actividades, quizá porque resolvían acertijos y participaban en concursos para divertirse. No obstante, los muchachos se dedicaban con preferencia a resolver los casos misteriosos que les encomendaban.

La señora Jones sabía que Júpiter había montado un taller con varias herramientas y una imprentilla en la parte trasera del patio, entre montones de material. Empero no llegó a descubrir que también habían instalado un puesto de mando, como centro de operaciones de los Tres Investigadores.

El puesto de mando se hallaba emplazado en un viejo remolque invendible por su pésimo estado después de un accidente. El señor Jones lo había cedido a Júpiter, como lugar de reunión con sus amigos. Los muchachos, con la ayuda de Hans y Konrad, los forzudos bávaros de Titus Jones, habían amontonado toda clase de chatarra en las inmediaciones del remolque. Tanto fue el material acumulado, que el puesto de mando se hallaba totalmente oculto a miradas curiosas. El acceso se realizaba a través de entradas

secretas.

Pero aquel centro de actividades contenía una pequeña oficina, con escritorio, magnetófono, archivo y otros accesorios. También se hallaba dotado de laboratorio en una pequeña habitación oscura para revelar fotografías. En su mayor parte, el equipo procedía de la chatarrería, y fue reconstruido por Júpiter y sus amigos.

Los muchachos se encaminaban ya al puesto de mando, cuando el otro camión de Patio Salvaje, que era de menos tonelaje, entró en la chatarrería. Lo conducía Konrad. Titus Jones, de escasa estatura, y con un bigote que parecía ser lo más grande en él, venía sentado junto al rubio bávaro. Hans, el otro bávaro, viajaba detrás con la mercancía.

Tan pronto se detuvo el vehículo, el señor Jones saltó a tierra. Los muchachos advirtieron que el camión traía un cargamento de negros maniquíes, hechos de tela sobre armazón metálico y de tamaño aproximado al de una mujer normal, pero con soporte en vez de cabeza. Antes era costumbre que las amas de casa tuvieran uno, que empleaban para hacerse sus propios vestidos. Actualmente, esa costumbre se ha perdido.

La señora Jones se puso en pie de un salto, mesándose los cabellos.

—¡Titus Jones! —gritó—. ¿Has perdido la cabeza? ¿En nombre de qué deidad esperas vender una camionada de maniquíes anticuados?

—Ya los colocaremos —respondió su marido, inalterable.

El señor Jones era un chatarrero muy singular, compraba todo aquello que le gustaba, prescindiendo de si podía o no venderse. No obstante, casi siempre lograba dar salida a sus mercancías con amplio margen de beneficio.

—Júpiter, dedica tu inteligencia a averiguar qué posible uso puede tener un viejo maniquí de modista —ordenó su tío.

—¡Ya lo sé! —respondió el muchacho—. Servirán como blanco magnífico en un club de arqueros.

—¡Uum! —Titus Jones lo consideró aceptable—. No está mal —dijo—. Sigue pensando. ¡Hola! Veo que habéis empezado a descargar mi preciosa colección de bustos. Es una adquisición artística muy singular.

—Al principio temí que no sirvieran para nada —confesó tía

Mathilda—. Ahora tengo una idea para desembarazarme de ellos. Servirán de adorno en los jardines particulares, sobre columnas, entre flores y arbustos.

—Ya sabía yo que resolverías ese problema, Mathilda —respondió Titus—. ¡Excelente idea! ¡Hans, Konrad, manos a la descarga! ¡Cuidado, que no se rompan!

Titus sentóse a la sombra, y procedió a encender su pipa mientras los dos rubios bávaros realizaban el trabajo encomendado.

—Estas cabezas las hallé en una vieja casa en un cañón entre colinas —dijo Titus—. Extraordinaria mansión. Su propietario falleció hace algún tiempo. Desgraciadamente, los muebles y alfombras habían sido vendidos antes de mi llegada, y sólo hallé aquellas cosas despreciadas por los demás: bustos, libros, un reloj de sol y muebles de jardín. Pero los compré.

—¡Chispa! —susurró Pete—. Ya empezaba a creer que tía Mathilda nos tendría trabajando durante el día entero, Jupe.

—Y lo hubiera hecho de no temer que rompiéramos los bustos —replicó éste—. Mi tía es incapaz de sufrir pérdidas en su negocio.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió Pete—. No hay nada que investigar. ¿Y si desempolvamos aquellos mapas de ciudades fantasmas en el desierto que pensamos explorar algún día?

—También podríamos participar en ese concurso que ofrece un viaje para dos a las islas Hawai —sugirió Bob.

—Bueno… —Júpiter no prosiguió.

Acababa de encenderse una luz roja instalada en un tablero encima de la imprentilla.

—¡Mirad! —gritó Bob—. ¡Una llamada telefónica!

—Quizá se trate de alguien dispuesto a encomendarnos que resolvamos un misterio —aventuró Júpiter, esperanzado.

Pete apartó un trozo de rejilla de hierro apoyada contra una caja detrás de la imprentilla. Luego se deslizó al interior del Túnel Dos, enorme tubo de hierro ondulado, que unas veces por debajo tierra y otras entre el amasijo de chatarra conducía al remolque oculto. Sus amigos le siguieron. Segundos después empujaba y abría la trampilla que en el otro extremo servía de entrada a la oficina del puesto de mando.

Júpiter descolgó el teléfono.

—¡Hola! —dijo— Júpiter Jones al habla.

—Un momento, por favor —respondió la voz de una joven que todos oyeron a través del altavoz acoplado al teléfono—. Llama Alfred Hitchcock.

¡Alfred Hitchcock! El productor de cine sólo llamaba cuando tenía un caso para ellos.

—¡Hola, mi joven Júpiter! —saludó la voz rica en matices ingleses del señor Hitchcock—. Espero que no estéis demasiado ocupados. Hay un joven que necesita ayuda, y vosotros me parecéis los más adecuados para sacarlo de apuros.

—Nos entusiasmará intentarlo, señor Hitchcock —respondió Júpiter—. ¿Cuál es el problema de su amigo?

—Ha heredado algo valioso. Empero ignora qué es ni sabe dónde hallarlo. Si acudís a mi oficina mañana a las diez, os contaré el resto.

Capítulo 2

Tropiezo con el señor Gelbert

—¡Fantástico! —exclamó Pete—. El señor Hitchcock tiene un nuevo caso para nosotros.

—Un joven que hereda algo valioso y no sabe lo que es, ni dónde hallarlo —dijo Bob, frunciendo el ceño—. Me parece una cosa muy complicada.

—Cuanto más complicada, mejor —aseveró Júpiter.

—Necesitaremos un coche que nos lleve a Hollywood —intervino Pete—. No me seduce la idea de ir a los World Studios en un viejo camión.

—Telefonearé a la agencia de automóviles —decidió Júpiter, empezando a marcar el número. Diré que necesitaremos el «Rolls-Royce» y a Worthington mañana por la mañana.

Algún tiempo atrás, Júpiter se ganó el derecho a usar un auténtico «Rolls-Royce» de dorados adornos metálicos, provisto de chófer. Ello fue en un concurso. El «Rolls» les había sido muy valioso en su carrera de investigadores, pues las distancias en California del sur son grandes, y es casi imposible recorrerlas sin el auxilio de un automóvil. Muchas veces utilizaban el camión pequeño de Patio Salvaje, conducido por Hans o Konrad. Sin embargo, para visitar al famoso director de películas Alfred Hitchcock, el camión resultaba inapropiado.

—Hola —dijo Júpiter por teléfono—. ¿Puedo hablar con el gerente, por favor?… ¿Señor Gelbert? Soy Júpiter. Le llamo para decirle que necesitaré el «Rolls-Royce» de Worthington, mañana a las nueve y media.

La respuesta del señor Gelbert sorprendió a los tres amigos.

—Lo siento, pero será imposible. El plazo de treinta días ha expirado.

—¡Toma! —gimió desalentado Pete—. No hemos llevado la cuenta. Los treinta días transcurrieron mientras estábamos en el este, resolviendo el misterio de la Isla del Esqueleto.

Júpiter dijo por teléfono:

—Según mis cálculos, señor Gelbert, los treinta días aún no han finalizado.

—¡No! —exclamó Pete—. El señor Gelbert tiene razón; el plazo ya se acabó.

Júpiter pidió silencio con un gesto de mano. El director de la empresa hablaba por teléfono.

—Temo que estás equivocado.

—Señor Gelbert —explicó Júpiter—, advierto que nuestros puntos de vista difieren. Tendremos que aclarar esta situación. Estaré en su oficina dentro de veinte minutos.

—¡No hay nada que discutir! —protestó enojado el director—. El tiempo ha finalizado. Si quieres venir, hazlo, pero no te servirá de nada.

—Gracias —Júpiter colgó el auricular y se volvió a sus amigos —. Iremos en bicicleta a la ciudad.

—¡Pero él tiene razón! —protestó Pete, mientras se deslizaban a lo largo del Túnel Dos—. Treinta días son treinta días.

—No siempre —respondió Júpiter—. Deja que yo hable.

—Conforme —accedió Bob—. Nosotros no tenemos nada que objetar.

—Creo que malgastamos el tiempo —dijo Pete.

Júpiter no respondió. Salieron por la puerta principal montados en sus bicicletas, y recorrieron un kilómetro por la carretera de la costa que les llevó al centro de Rocky Beach. A la izquierda, el océano Pacífico brillaba azul a la luz del sol. Muchas embarcaciones punteaban su superficie. A la derecha se elevaban las montañas de Santa Mónica.

La agencia de automóviles
Rent'n-Ride
se hallaba en una esquina de la calle Mayor. Los Tres Investigadores aparcaron sus bicicletas en el exterior y penetraron dentro. Pete y Bob seguían con cierta desgana a Júpiter.

Pasaron directamente a la oficina del director, hombre fornido, de rostro grana, que dio un respingo al verlos.

—¿Y bien? —preguntó a Júpiter—. Ganaste el concurso y gozaste del coche durante treinta días. ¿Qué te hace pensar que ahora puedes seguir usándolo? ¿No sabes contar?

—Sí, señor. He procurado ser muy exacto en mis cálculos.

Del bolsillo se sacó una pequeña libreta y un sobre, del cual extrajo un papel doblado. Era el anuncio del concurso que Júpiter había ganado.

Decía:

GANE EL DERECHO A USAR UN «ROLLS-ROYCE»,
incluido el chófer, durante 30 días de 24 horas cada uno.
ADIVINE EL NÚMERO DE ALUBIAS QUE HAY EN EL JARRO.
Agencia de automóviles «Rent'n-Ride».

—¡Hum! —exclamó el señor Gelbert, mirándolo—. ¿A dónde quieres ir a parar? Tuviste derecho al coche durante treinta días, y cada jornada tiene veinticuatro horas. ¿No está claro?

—Le ruego estudie muy detenidamente lo que dice su anuncio, señor —invitó Júpiter—. Dice que el ganador tendrá derecho al coche durante treinta días de «veinticuatro horas cada uno».

—Conforme —saltó el señor Gelbert—. Lo tuviste treinta días, y cada día tiene veinticuatro horas. Todo el mundo lo sabe.

—Exacto, señor Gelbert —concedió Júpiter Jones—. Todo el mundo sabe que un día tiene veinticuatro horas. Luego, no había necesidad de puntualizar tanto. Bastaba con decir: «Gane el derecho a usar un "Rolls-Royce" durante treinta días».

—Bueno, ¿qué quieres que te diga? —rezongó el señor Gelbert —. Sólo intenté que sonara más rimbombante… Que fuera más llamativo.

—Puede que ésa fuera su intención —aceptó Júpiter—. Empero, al leerlo, yo entiendo que el ganador consigue el «Rolls-Royce» hasta usarlo veinticuatro horas, treinta veces. En otras palabras: treinta días a razón de veinticuatro horas. Y según mis cálculos… —Abrió su libreta—. Según mis cálculos hemos usado el coche durante sesenta y siete horas y cuarenta y cinco minutos. Luego nos quedan veintisiete días de uso del coche. Es decir, veintisiete días de veinticuatro horas y un resto.

Pete y Bob se quedaron estupefactos. Aparentemente, Júpiter no

tenía razón, pero tal como él lo explicaba era indudable que sí. En realidad las bases del concurso hablaban de «treinta días de veinticuatro horas cada uno», y si cada veinticuatro horas de uso componían un día, bueno… en tal caso Júpiter estaba en lo cierto.

El señor Gelbert tuvo problemas para explicarse. Enrojeció visiblemente, antes de gritar:

—¡Eso es absurdo! ¡Jamás dije nada parecido! Por lo menos no fue mi intención decir tal cosa.

—Sin duda es muy importante cuidar de que lo que se dice sea lo que uno quiere decir —replicó Júpiter—. En este caso, usted…

—¡No lo dije! —rugió el señor Gelbert—. De todos modos, si crees que puedes utilizar gratis mi mejor coche y chófer durante toda la vida, eres un loco. No me importa lo que dije en el anuncio. Yo me refería a un período de treinta días. Tu derecho a utilizarlo ha terminado.

—Estuvimos ausentes una semana, señor Gelbert —intervino Bob—. Es obvio que en tal período no podíamos disfrutar de nuestro derecho. ¿Por qué no añade este período a los treinta días?

—¡No! —gritó desaforado, si bien de repente accedió—. Muy bien, haré una concesión, siempre que me prometáis no molestarme más. Os concedo el coche dos veces más. Es decir, dos servicios más y… ¡se acabó!

Júpiter suspiró resignado; No aceptaba fácilmente el fracaso de uno de sus proyectos, y eran muchos los que tenía basados en su derecho a utilizar el «Rolls-Royce» durante más tiempo. Cuando se dice «treinta días de veinticuatro horas cada uno», quiere significarse treinta veces veinticuatro horas. Pero los mayores a menudo no son razonables ni lógicos.

—Conforme —aceptó—. Dos servicios más. El primero, mañana a las nueve y media. Gracias, señor Gelbert —se volvió a sus amigos —. Vamos.

Pete y Bob lo siguieron silenciosos, de regreso a la chatarrería. Ya en el puesto de mando, Pete exclamó:

—¡Cáspita! ¿Qué haremos después de agotado el cupo de viajes en el «Rolls»? No vamos a recorrer en bicicleta toda California del sur, si nos encargan otros asuntos.

—Tendremos que trabajar más en el patio —respondió Júpiter —. Así a tía Mathilda no le importará prestarnos el camión

pequeño, conducido por Hans o Konrad.

—Pero el camión se pasa la mayor parte del día fuera del patio, en viajes de negocios —se quejó Bob—. Eso hunde a los Tres Investigadores, Jupe. Tú sabes que es así.

—Aún tenemos coche para dos servicios más —recordó Júpiter —. Para entonces espero que surja alguna solución. Ahora hablemos de la entrevista de mañana con Alfred Hitchcock. Tengo la corazonada de que nos aguarda un trabajo importante.

Capítulo 3

Misterioso mensaje

—Muchachos —dijo Alfred Hitchcock—. Quiero que conozcáis a un joven inglés amigo mío. Se llama Augusto Agosto. Como veis, se trata de un nombre singularísimo. Gus, te presento a Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Han resuelto casos de auténtico misterio, y confío en que podrán ayudarte.

Los Tres Investigadores se hallaban cómodamente sentados en la lujosa oficina del famoso productor de Hollywood. El muchacho que se levantó de una silla junto al señor Hitchcock, era más alto que Pete, y también mucho más delgado. Su largo pelo era muy rubio, y lucía lentes con ribete de concha, que parecían colgar de su fina y aguileña nariz.

—Celebro conoceros —dijo Augusto, estrechándoles las manos —. Llamadme Gus.

Sentóse de nuevo y continuó.

—Espero que podáis ayudarme. Estoy en un brete. Mi tío abuelo Horacio Agosto falleció recientemente y su abogado me envió una comunicación que… bueno, no entiendo nada de lo que me dice.

—Confieso que yo tampoco —intervino el señor Hitchcock—. Sin embargo, parece ser que Horacio Agosto creyó a su sobrino nieto capaz de entenderlo. Bien, Gus, muéstrales la comunicación.

Gus extrajo cuidadosamente de su cartera de bolsillo un papel fino plegado. Estaba lleno de una escritura garrapateada.

—Veamos qué significado tiene esto para ti —entregó el papel a Júpiter.

Bob y Pete se colocaron junto a su jefe y leyeron por encima de su hombro.

A mi sobrino nieto Augusto Agosto:

Augusto es tu nombre, Augusto tu fama y Augusto tu fortuna. No permitas que las dificultades sean montañas insalvables. Tu nacimiento encierra un principio y un fin.

Mis palabras sólo tienen significado para ti. No me atrevo a expresarme con más claridad por temor a que otros comprendan lo que sólo tú has de averiguar.

Pagué su valor y soy su propietario. Empero me asusta su maleficio.

Han transcurrido cincuenta años, y después de medio siglo quizá ya no sea maléfico. Sin embargo, no puede ser robado. Su propiedad se adquiere por compra, hallazgo o regalo.

Ten cuidado, pues el tiempo es primordial. Heredas esto y mi amor fraterno.

Horacio Agosto

—¡Repámpanos! —exclamó Bob—. ¡Vaya carta!

—A mí me suena a chino —dijo Pete—. ¿Qué significa maleficio?

—Significa… bueno, que alguien o algo pueda hacer daño —explicó Bob.

Júpiter mantuvo el papel al trasluz para comprobar si contenía un mensaje secreto.

—Buena idea, Júpiter —alabó el señor Hitchcock—. Empero no hay escrito secreto, mensaje en tinta invisible, ni nada parecido. Este papel ha sido examinado por expertos en la materia. El abogado que lo envió a Gus informa que el señor Agosto lo escribió unos días antes de su fallecimiento, entregándosela inmediatamente con orden de hacerlo llegar a su destino en el momento oportuno. Luego, el mensaje está contenido en el escrito visible. ¿Qué conclusiones sacas?

—Bien… —Jupe se mostró cauto—. Ciertas partes aparecen muy claras.

—¡Muy claras! —resopló Pete—. ¡Me gusta eso! O a mí me parecen tan claras como la niebla en el Pacífico a medianoche.

Júpiter ni lo escuchó. Se había concentrado en el extraño mensaje.

—Está claro que el señor Agosto quiso mandar a su sobrino un mensaje que nadie más supiera comprender. También se deduce que adquirió algo hace cincuenta años. Y ese algo es muy valioso. Sin duda temió que otras personas lo robasen si decía claramente dónde lo guardó. Eso está bien claro.

—Aceptémoslo —dijo Pete—. Pero el resto aparece tan claro como el lodo.

—Es posible —continuó Júpiter— que algunas palabras tengan un significado preciso y otras hayan sido escritas con el propósito de confundir a la gente. Empecemos por el principio. «Augusto es tu nombre».

—Cierto —dijo gravemente el joven inglés—. Y puede aceptarse que Augusto es mi fama. Me refiero a que mi nombre Augusto Agosto fue causa de popularidad entre mis compañeros de colegio. Era el muchacho más célebre por este motivo.

—¿Qué significa Augusto es tu fortuna? —intervino Bob.

—Ahí está el misterio —contestó Júpiter—. Si pretendió afirmar que Gus hallaría su fortuna en el mes de agosto, no habría dicho «Augusto es tu fortuna».

—Excelente conclusión —dijo Hitchcock—. Claro que pudo escribir precipitadamente y no decir lo correcto.

El Primer Investigador sacudió la cabeza.

—Para mí el mensaje está muy bien pensado. Empero será difícil adivinar el significado de «Augusto es tu fortuna».

—Cumplo años en agosto —dijo Gus—. Dentro de dos días: el seis de agosto. Ésa es la razón de que mi padre me pusiera Augusto de primer nombre. Según él, «un Agosto en agosto, sólo puede llamarse Augusto». ¿Tendrá algo que ver mi cumpleaños con todo esto?

Júpiter pensó intensamente. Al fin dijo:

—Lo ignoro. Aunque tal vez si sólo faltan dos días para tu cumpleaños, tenga explicación la frase de «el tiempo es primordial».

—Si sólo disponemos de dos días para descifrar el mensaje estamos listos —se quejó Pete—. Mejor nos vendrían dos años.

—Conceded a Jupe una oportunidad —dijo Bob—. Acaba de empezar.

El Primer Investigador volvió a estudiar el papel.

—La segunda frase dice: «No permitas que las dificultades sean

montañas insalvables. Tu nacimiento encierra un principio y un fin». La primera mitad de la frase te anima a no renunciar, pero ignoro qué significa la segunda mitad.

—Bueno, hay algo que distingue mi nacimiento —explicó Gus—. Mi madre murió al nacer yo. Luego, mi nacimiento fue un principio y un fin: un principio para mi vida y un fin para la suya. Quizá mi tío Horacio se refiera a eso.

—Pudiera ser —admitió Júpiter—. Pero no encaja. La próxima frase parece bastante clara: «Mis palabras sólo tienen significado para ti». Está claro que el mensaje es exclusivo para ti. La siguiente complementa la anterior: «No me atrevo a expresarme con más claridad, por temor a que otros comprendan lo que sólo tú has de averiguar». En esto no hay misterio.

—Cierto —comentó Alfred Hitchcock—. ¿Pero qué conclusión sacas de esta frase? «Pagué su valor, y soy su propietario. Empero me asusta su maleficio».

—Se refiere a que la cosa es legalmente suya y que tiene derecho a legársela a Gus —contestó Júpiter—. Al mismo tiempo dice que teme a la cosa que desconocemos por alguna razón.

Luego leyó en voz alta:

—«Han transcurrido cincuenta años, y después de medio siglo quizá ya no sea maléfico. Sin embargo, no puede ser robado. Su propiedad se adquiere por compra, hallazgo o regalo».

—Analizad esa parte del mensaje, segundo y tercero. Es conveniente que os practiquéis en estas cosas.

—Significa que ha sido propietario de lo que sea durante cincuenta años —dijo Pete—. Y que después de tanto tiempo ya no debe ser maléfico, es decir, que no perjudicará a la gente.

—Pero admite que aún puede ser dañino —siguió Bob—. O de otro modo no diría: «Sin embargo, no puede ser robado. Su propiedad se adquiere por compra, hallazgo o regalo». Al final añade: «Ten cuidado». Con ello aconseja cautela, y «el tiempo es primordial». Luego, concede mucha importancia al tiempo. Unidas las dos frases tienen un significado de apresurarse, aun cuando sin olvidarse de la cautela.

—La frase final. «Heredas esto y mi amor fraterno» es clarísima —acabó Júpiter—. Bien, hemos llegado al final del mensaje misterioso, sabiendo algo más que cuando empezamos.

—En eso estamos de acuerdo —exclamó Pete.

—Sería conveniente saber algo más de Horacio Agosto. ¿Cómo era tu tío abuelo, Gus?

—Lo ignoro —dijo el muchacho inglés—. Jamás lo vi en vida. Fue el hombre misterioso de la familia. De niño, mucho antes de que yo naciera, embarcó en un navío mercante hacia los mares del sur. Al principio, escribió algunas cartas a la familia, pero luego no se supo más de él. Supusimos que moriría en algún naufragio. Mi padre y yo tuvimos una gran sorpresa al recibir la carta del abogado, diciendo que tío Horacio había residido apaciblemente todos estos años en Hollywood.

—¿Y viniste aquí desde Londres en cuanto recibiste el mensaje? —preguntó Júpiter.

—En cuanto me fue posible. Desde luego, no en seguida. Mi padre no está sobrado de dinero y tuve que hacer el viaje en un carguero que tardó varias semanas. En realidad recibí el mensaje hace un par de meses.

—Supongo que tan pronto llegaste irías a ver al abogado que te mandó el mensaje.

—Le telefoneé, pero estaba ausente —dijo Gus—; impidió que lo viera en seguida. Tengo una cita con él para hoy. No conocía a nadie en Norteamérica. Por fortuna, mi padre es amigo del señor Hitchcock, y vine a visitarle. Naturalmente, el señor Hitchcock sugirió que me pusiera en contacto con vosotros. Hasta ahora sólo he hablado con el señor Hitchcock y con vosotros tres.

—En tal caso —dijo Júpiter—, convendría que te acompañásemos a casa del abogado, para oír cuanto sepa de tu tío. Eso nos ayudará a decidir nuestra próxima acción.

—Excelente idea, Júpiter —habló el señor Alfred Hitchcock—. Gus, puedes confiar en ellos. Bien, ya es hora de que vuelva a mi trabajo, y de que vosotros, muchachos, emprendáis la investigación.

El «Rolls-Royce» aguardaba en el exterior. Era un automóvil antiguo, como sus accesorios de metal dorado. Worthington, el alto chófer inglés, abrió la puerta.

Gus se sacó del bolsillo un sobre con el remite del abogado. La dirección escrita se hallaba ubicada en la parte antigua de la ciudad. Momentos después, rodaban por las calles de Hollywood. Gus hizo infinidad de preguntas sobre la meca del cine, hasta que

Worthington introdujo el «Rolls-Royce» en un estrecho pasaje, donde vieron una casa relativamente pequeña y bastante anticuada.

—¡Hum! —murmuró Júpiter descendiendo del coche—. El señor Dwiggins parece que tiene su oficina en esta casa.

Una tarjeta sobre el timbre decía: «H. Dwiggins. Abogado. Púlsese y adelante».

Júpiter, tocó el timbre, que sonó lejano. Luego, obedeciendo las instrucciones de la tarjeta, abrió la puerta.

Se encontraron en una salita convertida en oficina, con un gran escritorio, muchos estantes repletos de libros y varios archivadores. Uno de los archivos aparecía abierto. Los papeles de una carpeta se hallaban esparcidos por la mesa, y una silla giratoria se veía caída en el suelo. El señor Dwiggins no estaba.

Esperaron sin aliento y en silencio. Al fin les llegó una voz amortiguada, como venida de muy lejos.

—*¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Me ahogo!*

Capítulo 4

¡Auxilio!

—¡Auxilio! —continuó la voz ahogada—. ¡Que me ahogo!

—¡Allí! —Pete señaló la puerta de un armario en la pared, entre los estantes. Tenía una cerradura de muelles exterior, de las que se cierran solas. Pete abrió de golpe.



Hallaron a un hombre sentado en el suelo del armario, falto de aire para respirar. Sus gafas con montura de oro le colgaban de una oreja: tenía torcida la corbata y el pelo canoso despeinado.

—Gracias por haber llegado —murmuró—. Ayúdenme, por favor.

Pete y Bob lo pusieron en pie, y Júpiter enderezó la silla caída. Al ponerla en su sitio, una expresión de sorpresa cruzó su semblante.

—Muy raro —dijo en voz baja.

Los otros ayudaron al señor Dwiggins a sentarse en su silla, donde respiró profundamente. Sus manos temblorosas enderezaron la corbata y se ajustó las gafas.

—Llegaron en el momento preciso —dijo—. Un poco más y me ahogo allí dentro.

Luego miró a sus visitantes y parpadeó sorprendido.

—¿Quiénes sois? —preguntó—. ¡Pero si sois unos críos!

—Me llamo Augusto Agosto, señor —dijo el inglés—. Me citó para hoy.

—¡Ah, si! —asintió el señor Dwiggins—. ¿Son amigos tuyos?

—Esto le ayudará a conocernos, señor —contestó Júpiter, mostrándole una tarjeta, que decía:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador Júpiter Jones

Segundo Investigador Pete Crenshaw

Tercer Investigador Bob Andrews

—¿Sois investigadores? —El abogado pareció sorprendido.

—Ellos me ayudarán a resolver el misterioso mensaje que mi tío abuelo Horacio me mandó, señor —explicó Gus.

—¡Ahí!

El señor Dwiggins parpadeó de nuevo, al leer la cartulina.

—Es una tarjeta impresionante, joven. ¿Puedo preguntar qué significan los interrogantes?

—Los signos, conocidos como interrogantes —explicó Júpiter—, significan cosas desconocidas, preguntas incontestadas, misterios y acertijos no resueltos. Nuestra especialidad es contestar preguntas, interpretar acertijos y resolver los misterios que nos encomiendan. De ahí que el interrogante sea el símbolo de los Tres Investigadores.

—Comprendo —murmuró el abogado—. Es un programa bastante ambicioso. Me agrada que la Juventud se sienta segura de sí… Pero ¡pardiez! Me olvidé de mi atacante.

Se puso en pie de un salto y examinó cuanto lo rodeaba.

—¡Mi archivo! ¡El bribón ha registrado mi archivo! ¿Qué se habrá llevado? ¿Y qué hace esta carpeta en mi mesa?

La cogió y empezó a hojear los muchos papeles de su interior.

—¡Es el expediente de tu tío abuelo! —dijo a Gus—. Fui su abogado durante veinte años, y guardaba en esta carpeta todos los documentos relativos a él. Pero ¿qué podía interesar al…? ¡El mensaje! ¡Se lo ha llevado!

Consternado miró a Gus.

—El sujeto que me atacó se llevó la copia que hice del mensaje de tu tío abuelo. Bueno, yo lo consideraba sin ningún sentido, empero tu tío abuelo le concedió mucha importancia. Por eso hice una copia, para el caso de que se extraviase el original. Naturalmente, lo creí seguro en mi archivador confidencial. ¡Y me lo han robado!

—Díganos qué sucedió, señor —dijo Júpiter—. Esta implicación puede ser muy significativa.

El abogado volvió la carpeta al archivador y cerró el cajón con llave. Luego se acomodó en su silla y contó lo que sabía.

Se hallaba sentado frente a su escritorio, trabajando en varios documentos, cuando alguien abrió la puerta. Alzó la vista y vio a un hombre de mediana estatura, bigote negro y gruesos lentes. El abogado se disponía a interrogarlo, cuando el desconocido casi le quitó las gafas. Antes de que pudiera defenderse, lo levantó de su silla, lo arrastró por la habitación, y lo encerró en el armario.

Al principio, el señor Dwiggins golpeó la puerta cerrada pidiendo ayuda. Pero vivía solo, y nadie, excepto el hombre que lo había encerrado, podía oírlo. Tan pronto se percató de eso, cesó y

escuchó atentamente los ruidos.

Minutos después oyó que la puerta exterior se abría y cerraba. Su atacante se había marchado. De nuevo golpeó la puerta y gritó. Empero comprendió que estaba derrochando un oxígeno precioso, y volvió a guardar silencio.

—Entonces me senté en el suelo y esperé ayuda —acabó el señor Dwiggins—. Sabía que el aire del armario duraría unas horas. Por suerte, llegasteis vosotros.

—¿A qué hora sucedió esto, señor? —preguntó Júpiter.

—No estoy seguro. Veamos, ahora son… —consultó su reloj.

Las manecillas se habían detenido a las 9.17, hacía hora y media.

—¡Oh, mi reloj! Debió de romperse cuando aquel bribón me encerró.

—En tal caso, el agresor se fue hace un par de horas —dijo Júpiter—. Ha tenido tiempo sobrado para alejarse de aquí. ¿Observó algo especial en él, señor Dwiggins? ¿Algo que pudiera facilitar su identificación?

—Lo siento. Quedé tan sorprendido, que apenas me fijé sólo en su bigote y gafas, y en cómo brillaban sus ojos detrás de los cristales.

—No es gran cosa —se lamentó Pete.

—Por supuesto que no —convino Júpiter—. ¿Observa usted algo más que haya sido alterado, señor Dwiggins?

El abogado miró a su alrededor.

—Aparentemente sólo le interesó el archivo —afirmó convencido—. Y después de hallar lo que deseaba, se marchó.

—¡Uum! —murmuró Júpiter—. Eso demuestra que sabía exactamente lo que buscaba. Hallarlo no debió ofrecerle ninguna dificultad, puesto que las carpetas están dispuestas en orden alfabético. Pero ¿cómo sabía él lo del mensaje?

El señor Dwiggins parpadeó.

—Pues… lo ignoro.

—¿Había presente alguien más cuando el señor Agosto escribió el mensaje?

El abogado asintió.

—Sí. El matrimonio que cuidaba de él. Un par de viejos que estaban a su servicio hacía varios años. Ella se cuidaba de la casa y

él del jardín. Me refiero a los Jackson. Pero cuando el señor Agosto murió se fueron a San Francisco. Claro que entraban y salían de la habitación. Cualquiera de ellos pudo oír al señor Agosto que el mensaje era de vital importancia y que debía hacerlo llegar a su sobrino nieto en cuanto él muriese.

—Quizás ellos se lo dijeron luego a otra persona —sugirió Pete —. Y ésta debió adivinar que el señor Dwiggins haría una copia, y vino a comprobarlo.

—Se suponía que el señor Agosto guardaba mucho dinero en alguna parte —dijo el abogado—. Cualquiera que se enterase de su mensaje secreto sacaría la conclusión de que encerraba la clave para hallar el dinero. Sin embargo, el señor Agosto murió en circunstancias más bien pobres.

Tenía la casa hipotecada, y su acreedor ha tomado posesión de ella. Por otra parte ha vendido sus muebles y pagado las facturas que adeudaba.

—Empero, el mensaje habla de algo valioso que yo debo encontrar —razonó Gus—. Tampoco hay duda en cuanto a que mi tío sentía cierto temor hacia ese algo.

—Sí, es cierto —el señor Dwiggins se quitó las gafas y se las limpió—. Pero nunca me habló de eso. En cambio sí me dijo en varias ocasiones «Henry, hay cosas en mi vida que prefiero ignore. Una de ellas, mi nombre. Yo no me llamo Harry Weston. Otra… bien, eso no importa. No obstante, si en alguna ocasión ve a un hombre moreno con tres puntos tatuados en la frente, que merodea por aquí, piense en que la tormenta se avecina».

»El señor Weston, bueno, el señor Agosto, era sin duda, un ser muy extraño. Naturalmente, nunca intenté saber cuál era su secreto.

—Excúseme, señor —intervino Júpiter—. ¿Debo entender que el señor Horacio Agosto era en realidad el señor Harry Weston?

—Mientras vivió en Hollywood se hizo llamar Harry Weston. Sólo al hallarse muy grave, y decirme el nombre y dirección de su sobrino, me reveló su nombre verdadero.

Júpiter recordó la carpeta abierta que hallaran al entrar en la oficina. En ella constaban las letras
A-C
.

—Perdone, señor Dwiggins —dijo—, pero creo haber visto en la

carpeta que guardó hace un momento la letra A, de Agosto. Supongo que al enterarse de su verdadero nombre cambió Weston por Agosto.

—Por supuesto. Soy meticuloso por naturaleza.

—Sin embargo, su atacante sabía perfectamente lo que le interesaba. De otro modo, ¿por qué no buscó Weston?

—Ah, no lo sé —confesó perplejo el señor Dwiggins—. A menos que los Jackson oyeran cómo me decía su verdadero nombre… ¡Oh, claro! Un momento, hay algo que deseo mostraros.

Fue al archivador de la letra A y sacó un recorte de periódico.

—Esto pertenece a un diario de Los Ángeles —explicó el abogado—. Un periodista se enteró de que había algo misterioso en la vida del señor Weston. Me importunó tanto, que, después de muerto el señor Agosto, consideré que podía notificarle el verdadero nombre y lo poco más que sabía acerca de mi cliente. Y todo aparece escrito aquí; luego, todo el mundo pudo leerlo y enterarse.

Los muchachos rodearon a Júpiter para ver el recorte, que decía: «Un hombre misterioso muere recluido en la soledad de su hogar en el Cañón Esfera».

Júpiter leyó el artículo de prisa. Por él supo que el señor Horacio Agosto, conocido también por Harry Weston, había llegado a Hollywood unos veinte años atrás, después de vivir largo tiempo en las Indias Orientales. Aparentemente poseía muchísimo dinero, ganado en los mares del sur y oriente.

El señor Agosto, o Weston, compró una gran casa en el Cañón Esfera, de las colinas del norte de Hollywood, donde vivió apaciblemente con sólo dos criados. Nunca hizo amistades, y se dedicó a coleccionar relojes viejos y libros, especialmente los antiguos autores latinos. También había coleccionado las ediciones que publicaban los trabajos de *Sir* Arthur Conan Doyle. Desde su niñez, cuando vivía en Inglaterra, conocía al famoso autor, y admiraba a su célebre detective, Sherlock Holmes.

Vivió bajo nombre supuesto. Su muerte sobrevino después de breve enfermedad, sin que aceptase ir a ningún hospital. A este respecto se excusó diciendo que deseaba morir tranquilo en su propio lecho.

Hombre alto, de alborotado pelo blanco, nunca permitió que lo

fotografiasen. Sus únicos parientes conocidos vivían en Inglaterra. Después de su muerte, el médico que certificó su defunción halló en su cuerpo muchas cicatrices de viejas heridas, a causa de arma blanca, tal vez recibidas en su aventurera juventud.

—¡Caracoles! —exclamó Pete—: Sin duda fue un misterioso aventurero.

—¡Cicatrices de arma blanca! —repitió Gus—. Desde luego, debió llevar una vida muy… singular. ¿Y si fue contrabandista?

—Su obsesión era ocultarse de alguien —intervino Bob—. Eso está bien claro. Primero se refugiaría en las Indias Orientales; luego, temeroso de haber sido localizado, vino a esconderse en el Cañón Esfera. Pensaría que en Los Ángeles y Hollywood, entre tanta gente extraña, no sería fácil hallarlo.

—De todos modos —habló Júpiter—, murió pacíficamente en su casa. No obstante, si éste era su deseo, no cabe duda de que temía a un enemigo violento, quizás un enemigo de tez morena con tres puntos tatuados en su frente.

—¡Un momento! —gritó Gus—. Ahora recuerdo que sucedió algo hará diez años, cuando yo era muy niño —frunció el ceño, esforzándose en recordar—. Una noche, después de acostarme, oí que mi padre hablaba con alguien. En un momento en que alzó la voz, gritó: «¡Le digo que no sé dónde está mi tío! Que yo sepa, murió hace tiempo. Si vive, no puedo informarle de dónde está, aunque me diera un millón de libras».

»Entonces salté de la cama y salí al rellano superior de las escaleras. Mi padre y un desconocido estaban en pie en el centro de la sala. El forastero dijo algo que no pude oír, y mi padre contestó: “Me trae sin cuidado lo importante que sea para usted. Nunca oí hablar del Ojo de Fuego. Mi tío jamás me habló de él. Y ahora, ¡váyase! ¡Déjeme tranquilo!”.

»Después de esto, el visitante hizo una inclinación y se volvió en busca del sombrero. Entonces me vio, pero se comportó como si yo no estuviera allí. Cogió su sombrero, hizo una reverencia, y se fue. Papá nunca mencionó el incidente, y yo no le pregunté, por temor a que se enfadase. A él no le hubiera gustado saber que escuchaba cuando debía hallarme acostado. Pero —Gus bajó la voz—, el forastero tenía la piel oscura, y mostraba tres puntos negros en la frente. No di mayor importancia a eso. Empero supongo que serían

pequeñas marcas del tatuaje.

—¡Repámpanos! —dijo Bob—. Tres Puntos intentaba localizar a tu tío abuelo a través de tu padre.

—Y eso explica por qué tío Horacio jamás se puso en contacto con nosotros —afirmó Gus—. ¡No quería ser localizado!

—El Ojo de Fuego —murmuró Júpiter—. Señor Dwiggins, ¿mencionó; alguna vez el señor Agosto el Ojo de Fuego?

—No, muchacho. Lo traté durante veinte años y jamás lo mencionó. Sólo sé de él cuanto publica este artículo de periódico. Lamento haber dado esta información al periodista, pero entonces no pareció tener importancia. Ahora recuerdo que el señor Agosto se volvió muy reservado los últimos años de su vida. Se creía rodeado de espías y enemigos, e incluso, no confiaba en mí. Eso me hace sospechar que ocultaba algo valioso, y que temía ser descubierto por sus enemigos. Tal vez por eso mandó a Gus el mensaje, en la creencia de que sabría interpretarlo.

—Bien —dijo Júpiter—. Venimos a pedirle informes del señor Agosto, y creo que ya nos ha dicho cuanto sabía. Ahora tenemos que visitar la casa en el Cañón Esfera, por si allí logramos descubrir algo más.

—En Cañón Esfera no hay nada ahora, excepto una casa vacía —dijo el señor Dwiggins—. Como administrador del señor Agosto, vendí todos los libros y muebles para cancelar sus deudas. Dentro de unos días, el nuevo propietario demolerá la casa para hacer otra más moderna.

»Empero si queréis visitar la casa, os daré una llave. Claro que allí no encontraréis nada, puesto que está vacía. Ayer debieron de llevar todos los libros, y unas estatuas; mejor dicho, bustos de escayola de hombres famosos. En realidad carecían de valor y se los vendí a un chatarrero por unos cuantos dólares.

—¡Caramba! —gritó Júpiter, que saltó como picado por una abeja.

¿Serían los que su tío había traído a Patio Salvaje el día anterior? ¿Aquellos que representaban a César, Washington, Lincoln, etcétera?

—Señor Dwiggins —decidió rápidamente Júpiter—. Tenemos que Irnos. Muchísimas gracias por sus informes. Creo que descifraré el misterio del mensaje secreto. Ahora tenemos que apresurarnos.

Salió precipitadamente de la oficina. Perplejos, Bob, Pete y Gus lo siguieron. El «Rolls-Royce» aguardaba. Worthington bruñía su resplandeciente joya con amorosa dedicación.

—¡Worthington! —ordenó Júpiter—. ¡Raudos a casa! ¡Tengo prisa!

—En seguida, *master* Jones.

El «Rolls» se puso en marcha y no tardó en alcanzar la máxima velocidad permitida en el código de circulación, camino de Rocky Beach.

—¡Canastos, Jupe! ¿Por qué tanta prisa? —preguntó Pete—. Actúas como si fueras a apagar un incendio.

—Un incendio no —respondió Júpiter—, pero sí un Ojo de Fuego.

Pete dio un respingo.

—No te comprendo —dijo.

Bob creyó entenderlo.

—Jupe —preguntó—, ¿has descubierto el secreto del mensaje?

El primer investigador asintió, intentando ocultar la satisfacción que se reflejaba en sus pupilas.

Gus lo miró atento, y preguntó a su vez:

—¿Lo dices en serlo?

—Creo que sí —replicó Júpiter—. El secreto está en la admiración de tu tío abuelo hacia las historias de Sherlock Holmes, y en los bustos de escayola que mencionó el señor Dwiggins.

—No lo comprendo —gimió Pete—. ¡Sherlock Holmes, bustos de escayola…! ¿Qué relación guarda eso con el mensaje?

—Os lo explicaré con más detalle luego. Ahora, pensad en aquella parte del mensaje que dice: «Augusto es tu nombre, Augusto tu fama, y Augusto tu fortuna».

—¿Y bien? —Pete no acaba de entenderlo.

Para Gus, la cosa tampoco estaba clara. Bob fue el único que intuyó los pensamientos de Júpiter.

—¡Aquellos bustos de gente famosa! —dijo—. Washington, Lincoln… Uno pertenece a Augusto de Polonia.

—Y, ¡«Augusto tu fortuna»! —gritó Gus excitado—. ¡Augusto! ¿Quieres decir que la cosa está oculta en el busto de yeso de Augusto?

—Estoy seguro de ello —replicó Júpiter—. Todo encaja

perfectamente. El señor Agosto leía historias de Sherlock Holmes. Entre ellas está «La Aventura de los Seis Napoleones», en que un valioso objeto aparece en un busto de Napoleón. Eso debió inspirar al señor Agosto la idea de ocultar su Ojo de Fuego donde nadie sospechase… ¡En un busto de escayola! Eligió a Augusto porque se confunde fácilmente con su apellido, y porque así se llama su sobrino. Confió siempre en que éste o su padre lo adivinarían.

»Lo sabremos dentro de poco. Naturalmente, habrá que pagar a tía Mathilda cinco dólares antes de romper el busto. Por suerte, nos debe la reparación de la lavadora y la cortadora de césped que tío Titus compró la semana pasada.

Los otros animaron la conversación, hasta que Worthington paró el coche en Patio Salvaje.

Los muchachos se encaminaron a la oficina. Pero antes de llegar a la puerta, Júpiter se detuvo tan de repente, que los otros chocaron contra él, y los cuatro cayeron al suelo, formando una maraña de brazos y piernas. Bob, Pete y Gus, vieron desde el suelo la causa de tan aparatosa caída: sobre la mesa del jardín había sólo cinco bustos, y no trece, como habían anteriormente.

Eran los de Washington, Franklin, Francis Bacon, Dante y Homero.

¡El busto de Augusto de Polonia había desaparecido!

Capítulo 5

El hombre de los tres puntos

Lentamente los chicos se pusieron en pie, mirando los cinco bustos. Encima de ellos, un letrero escrito a mano, pegado a la pared de la oficina, decía:

ESTUPENDOS ADORNOS DE JARDÍN POR SÓLO 5 DÓLARES

El desaliento los mantuvo silenciosos. Al fin, Júpiter tragó saliva y llamó a su tía, que se hallaba sentada a la mesa en el interior de la casa.

—¡Tía Mathilda! ¿Dónde están los otros bustos?

Tía Mathilda salió a la puerta.

—¿Dónde están? ¡Los vendí! —explicó—. Hoy es sábado, y los sábados por la mañana muchas personas vienen en busca de cosas que puedan interesarles. Lo sabes muy bien, Júpiter.

Éste asintió. El Patio Salvaje de los Jones gozaba de merecida reputación. La gente sabía que allí encontraría todo aquello de difícil adquisición en establecimientos normales. Por eso acudían tantos compradores.

—Bueno —continuó tía Mathilda—, pocas personas habrían querido estatuas viejas para el interior de las casas, pero colocadas en el jardín, sobre un pedestal, resultan maravillosas. Lo comprendieron en seguida y vendí ocho a cinco dólares la pieza. Con eso he logrado un beneficio sobre lo que Titus pagó por ellas.

Júpiter sintióse descorazonado.

—Supongo que no anotarías los nombres y direcciones de los compradores.

—¡Por todas las deidades que han existido! Compraron las estatuas y se fueron.

—¿Recuerdas a los compradores? Me interesa en particular la descripción del que se llevó la cabeza de Augusto de Polonia.

—¿Por qué te interesas tanto por esas estatuas? —preguntó la señora Jones—. Dos de ellas las compró un hombre que vino en una furgoneta negra. Creo que vive en el norte de Hollywood. Otras dos una señora que conducía un sedán rojo, de Malibú, según dijo. Las otras cuatro no me fijé mucho; estaba muy ocupada.

—Lo comprendo, tía —suspiró Júpiter—. Creo que es suficiente. Vamos, muchachos; celebraremos una conferencia.

Se encaminó al taller. Los ojos de Gus se agrandaron cuando Júpiter apartó la rejilla de hierro que ocultaba la entrada al Túnel Dos. Pero su sorpresa fue en aumento a medida que le mostraban el laboratorio en la pequeña habitación oscura, el periscopio Todolové, que Jupe había instalado para ver por encima de los montones de chatarra que ocultaban el remolque, y el resto del equipo especial. Al fin, se acomodaron en la oficina.

—Bien —dijo Pete—. ¿Y ahora qué? Si el señor Augusto es la fortuna de Gus, ha desaparecido. Suponemos que estará en algún jardín, y el único modo de hallarlo, consiste en localizarlo. Pero hay cien mil jardines en esta región, y encontrar el que a nosotros nos interesa puede llevarnos cincuenta años.

Gus se esforzó en ocultar su decepción.

—Vosotros ignorabais que fueran importantes cuando el señor Jones los compró. Temo que Augusto ha desaparecido sin remedio. Esto me recuerda lo que mi tío Horacio quiso advertirme al escribir que el tiempo era primordial. Él temía que algo sucediera a los bustos si no me apresuraba. Bien, su temor se ha cumplido.

—Quizá los bustos se hayan perdido sin remedio —admitió Júpiter—. Pero no pienso aceptar la derrota. ¡Somos investigadores! Ahora tenemos que preparar un plan y seguir adelante en la investigación.

—¿Cómo? —preguntó Bob.

—No lo sé —respondió Júpiter—. Tendré que pensarlo.

—¡Idea luminosa! —gritó Bob—. ¿Por qué no intentamos la Transmisión de Fantasma a Fantasma?

—¿Qué es la Transmisión de Fantasma a Fantasma? —Gus

parpadeó aturdido—. ¿Mantenéis contacto con el otro mundo para obtener información?

—No exactamente —se sonrió Bob—. Pero es casi tan bueno como eso. Dime, ¿quién se fija más en las cosas nuevas que se ven en una vecindad? Me refiero a forasteros, el coche nuevo de una familia, o algo parecido.

—Bueno… —Gus pensó un momento—. Lo ignoro.

—Los chicos —informó Pete—. Nadie se fija en nosotros, pero nada de lo que sucede nos pasa inadvertido. Si alguien adquiere un coche nuevo o un perro, seguro que un chico se entera *ipso facto*.

—El único problema —continuó Bob—, radica en localizar a los suficientes muchachos que nos digan lo que pasa en toda la ciudad. Afortunadamente, a éstos les gusta ayudar, sobre todo si se trata de un asunto misterioso.

—Pero ¿cómo os pondréis en contacto con ellos? —preguntó Gus —. Además, se necesitan muchos para cubrir toda la ciudad.

—Aquí es donde entra la Transmisión de Fantasma a Fantasma —intervino Pete—. Fue idea de Jupe, y ha rendido buenos servicios. Verás, tenemos varios amigos que no se conocen entre ellos. Éstos, a su vez, tienen otros amigos, y así sucesivamente. Cuando intentamos averiguar algo, cada uno telefonea a cinco amigos y les dice lo que necesitamos saber. En este caso, pediremos que nos telefoneen si saben de alguien que haya comprado un busto para adornar su jardín.

»Si nuestros amigos carecen de información, llamarán a cinco de sus amigos y repetirán el mensaje. Éstos harán otro tanto, y minutos después será como un reguero de pólvora en toda la ciudad. Una hora más tarde, cientos de chicos buscarán bustos en todos los jardines particulares. Pero no necesitan verlos. Basta que oigan a sus padres que un amigo ha comprado uno. Eso nos proporciona la colaboración de miles de ayudantes.

—¡La repanocha! —exclamó Gus—. Si cada uno de vosotros llama a cinco amigos, serán quince, y si éstos llaman a otros cinco, serán setenta y cinco. Luego serán trescientos y pico… ¡miles! —Silbó—. ¡Fabuloso!

—Hemos bautizado a estos ayudantes con el nombre de Fantasmas —dijo Bob—, para evitar que si alguien nos escucha, sepa de qué hablamos.

—¿Telefonearás ahora, Júpiter? —preguntó Gus.

—La tarde del sábado no es propicia. Los chicos no están en sus casas. En todo caso habrá que esperar a la hora de la cena.

—¡Júpiter! —La voz de la señora Jones llegó por el tragaluz del puesto de mando—. Júpiter, bribón, ¿dónde estás?

El primer investigador cogió el micrófono instalado en la oficina, con el fin de contestar cuando sus tíos lo llamaran.

—Estoy aquí mismo, tía Mathilda. ¿Me necesitas?

—¡Por las ánimas benditas! —exclamó ella—. Nunca me acostumbraré a oírte hablar a través de ese trasto. Me gustaría saber qué haces, Júpiter. Ha de ser algo muy especial, o no hubieras olvidado la hora de comer.

¡La comida! Los cuatro muchachos recordaron que estaban hambrientos. Hasta entonces se habían sentido demasiado excitados para pensar en ello.

—Sí, tía Mathilda —dijo Júpiter—. Creo que nos olvidamos. ¿No te importa tener un invitado? Hay un amigo con nosotros.

—¡Cielos! —contestó su tía—. ¿Qué es un chico más cuando tengo a tres alrededor mío?

Y, ciertamente, Bob y Pete comían en casa de Júpiter tan a menudo como en la suya propia.

—He preparado bocadillos y bebidas frescas para vosotros. Coméoslo en la oficina. Tengo que irme a la ciudad y Titus está ausente. Atended a la oficina, Júpiter, y cuidaos de las ventas.

—Sí, tía Mathilda; ahora mismo vamos.

Salieron por el Túnel Dos al taller, y se encaminaron a la oficina, donde hallaron los bocadillos envueltos en papel encerado y varios botellines de naranja y cerveza.

—Ahí tenéis, chicos —dijo la señora Jones—. Voy a la ciudad en el camión pequeño. Me lleva Hans. No os ausentéis hasta que yo regrese; y no pierdas ventas, Júpiter.

—No lo haré, tía Mathilda.

La señora Jones se marchó, y los muchachos empezaron a devorar los bocadillos. Luego de saciada el hambre, reanudaron la conversación.

—Jupe —inquirió Pete—. ¿Qué piensas que habrá en el busto que buscamos?

—Gus oyó que su padre se refería a un Ojo de Fuego —

respondió Júpiter—. Pudiera ser que el Ojo de Fuego esté oculto en el busto de Augusto de Polonia.

—¿Y qué es el Ojo de Fuego?

—Algo pequeño —supuso Júpiter—. O no podría estar oculto dentro de un busto de yeso. Las precauciones que el tío de Gus adoptó para ocultarlo, y el hecho de que sólo se dan nombres a las joyas fabulosas, como la del Gran Mogol, Estrella de la India, y Bajá de Egipto, me hace pensar en que el Ojo de Fuego es una joya adquirida por el señor Agosto en el lejano Oriente muchos años atrás, y por cuyo motivo se ocultó desde entonces.

—¡Cáspita! —exclamó Pete—. Si estás en lo cierto…

—¡Chist! —murmuró Bob—. Aquí viene un cliente.

Un elegante sedán llegó hasta el patio y se detuvo frente a la puerta dé la oficina. Lo conducía un chófer uniformado. El pasajero, hombre alto y delgado, descendió y se quedó un momento mirando los cinco bustos sobre el banco junto a la puerta.

En su brazo izquierdo colgaba un bastón de madera negra pulida. Con él, golpeó ligeramente uno de los bustos, luego pasó casualmente los dedos por encima de las cabezas de yeso. Parecía hallarse disgustado. Limpióse el polvo de los dedos y se volvió de cara a la oficina.

Júpiter aguardaba en pie. Los otros chicos, sentados en el interior de la oficina, le miraban. Una inexplicable excitación les invadía.

El cliente iba inmaculadamente vestido, era moreno, y tenía el pelo negro azabache con trazos grises. En su frente había tres pequeños puntos.

—Perdone —dijo Tres Puntos en excelente inglés—. Estas interesantes estatuillas…

Señaló con el bastón los cinco bustos. Júpiter parpadeó. Había visto los tres puntos antes que los otros y reaccionó automáticamente. Dejó que su cuerpo se relajase, alargó la cara, y entrecerró los párpados. Era lo suficiente corpulento para ser llamado gordo por sus enemigos, y, ciertamente, podía parecer gordo si se lo proponía.



—Diga, señor —invitó.

Habló con la nariz y, cualquiera que no lo conociese, lo habría tomado por bobo.

—¿Tienes más? —preguntó Tres Puntos.

—¿Más? —Júpiter pareció que no entendía un inglés tan sencillo.

—Sí, más —repitió Tres Puntos—. Si los tienen, me gustaría inspeccionarlas. Quisiera comprar algo más interesante que George Washington o Benjamín Franklin.

—Sólo quedan éstos —explicó Júpiter—. Los demás fueron vendidos.

—¿Tuvieron otros? —Una muestra de interés iluminó los ojos negros y profundos—. ¿A quiénes representaban?

—No lo sé —Júpiter cerró los ojos como si intentara pensar—. Eran nombres raros. Homero no sé qué más, y Augusto de no sé dónde.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Pete a Bob.

—Jupe siempre tiene un motivo —respondió Bob—. Escucha.

—¡Augusto! —El rostro impasible de Tres Puntos cobró vida durante un momento—. Sí, creo que me gustaría obtener el busto de Augusto, para mi jardín. ¿Dicen que ha sido vendido?

—Se lo llevaron ayer.

—¿Sabes el nombre y dirección del comprador? —Tres Puntos pareció dar una orden en vez de rogar—. Se lo compraré a él.

—No guardamos registro. Pudo ser una persona cualquiera.

—Pudo… ser… cualquiera… —La voz de Tres Puntos sonó fría —. Comprendo. Mala suerte. Si logras su nombre y dirección te recompensaré con cien dólares.

—No guardamos registro, señor —repitió Jupe, con cara de estúpido—. Pero hay gente que devuelve las cosas. En tal caso, puedo reservárselo. ¿Quiere dejar su nombre y dirección?

—Inteligente idea —Tres Puntos miró a Júpiter con dureza—. Lo haré.

Colgó el bastón de su muñeca izquierda, y en una tarjeta escribió su dirección. Luego la entregó a Júpiter.

—No olvides telefonearme, si devuelven a Augusto. Te pagaré por él cien dólares.

—Lo haré —prometió Júpiter.

—Hazlo, muchacho —Tres Puntos clavó su bastón en el suelo—. Un trocito de papel —dijo—. Me gusta la limpieza.

Alzó el bastón hacia Júpiter. Gus, Pete y Bob contuvieron el aliento, alarmados. El bastón era un estoque de reluciente hoja. En su punta había clavado un trocito de papel.

La punta del estoque se detuvo sólo a unos centímetros del pecho de Júpiter. Éste alargó la mano y quitó de ella el papelito. Con brusco movimiento, Tres Puntos retiró su bastón, que volvió a ser eso, desaparecido el estoque.

—Volverás a tener noticias mías —dijo muy serio—. Mientras, si Augusto es devuelto, telefonéame.

Se introdujo en el coche, y éste partió raudo.

Capítulo 6

Extraordinarias deducciones

Jupe esperó hasta que el coche salió por la verja; luego se volvió. Estaba pálido.

—Éste es alguien con el que no se puede jugar —exclamó Pete —. Creí que iba a pincharte, Jupe.

—Fue una advertencia —dijo Júpiter, tragando saliva—. Quiso significar lo mal que lo pasaría quien se burlase de él.

—Creo que es el mismo hombre que visitó a mi padre diez años atrás —habló Gus—. No estoy seguro, pero me pareció recordarlo.

—Tiene tres puntos en la frente —intervino Bob—. Y por su aspecto parece ser del lejano Oriente, quizá de algún lugar de la India. Los tres puntos podrían ser el distintivo de alguna secta religiosa.

—¿Por qué le dijiste que había habido un Augusto de Polonia en la colección? —preguntó Pete—. Acusó la noticia.

—Estaba enterado de los bustos —respondió Júpiter, bebiendo un trago de cerveza—. Quise averiguar si Augusto significaba algo para él. Y así fue. No me extrañaría saber que es el mismo sujeto que robó la copia del mensaje al señor Dwiggins.

—No lleva gafas ni bigote negro —objetó Gus.

—Pudo hacerlo otro en su nombre —apuntó Bob—. Una cosa es segura, parecía saber que Augusto era importante.

—Buscaba información —dijo Júpiter—, y logré que dejase su nombre y dirección.

Puso sobre la mesa la tarjeta que Tres Puntos le diera. La leyó:

Rama Sidri Rhandur
PLESHIWAR, INDIA

Y escrito debajo, el nombre y dirección de un famoso hotel de Hollywood.

—¡India! —exclamó Pete—. Bob tenía razón. Si Tres Puntos pertenece a un grupo fanático de la India que busca el Ojo de Fuego, olvidemos este asunto. Leí un libro sobre tribus indias que salieron a recuperar cierta reliquia sagrada. Con la misma facilidad que miran a uno, lo degüellan. ¿Os fijasteis en los ojos de ese individuo?

—Hasta que pongamos esto en claro —sugirió Júpiter—, tendremos que realizar algunas investigaciones.

—Por supuesto —convino Bob—. ¿De qué clase?

—En la Biblioteca —ordenó el primer investigador—. Procura encontrar algo sobre el Ojo de Fuego. Busca también en Pleshiwar, India.

—Conforme —dijo Bob—. Te informaré después de cenar. Mi familia espera que de cuando en cuando cene con ellos.

—Hasta entonces, pues —añadió Júpiter—. Cuando vengas, empezaremos la Transmisión de Fantasma a Fantasma.

—¡Caracoles! —exclamó Gus, cuando Bob se hubo alejado—. Hubiera sido mejor no implicaros en esto. Alguien ataca al señor Dwiggins, y Tres Puntos viene aquí y amenaza a Júpiter. Es evidente que hay mucho que pelear y grande el riesgo. No quiero que corráis ningún peligro. Bien pensado, será mejor que regrese a Inglaterra y me olvide del Ojo de Fuego. En todo caso, si Tres Puntos o Bigote Negro encuentran a Augusto, que se peleen ellos.

—Gus, tus conclusiones son recomendables —exclamó Pete—. ¿No lo crees así, Júpiter?

La expresión del primer investigador fue suficiente respuesta.

Para Júpiter Jones un enrevesado misterio que solucionar era como una costilla para un bulldog hambriento. ¡No iba a renunciar fácilmente!

—Acabamos de empezar la investigación, segundo —dijo Júpiter —. Ayer mismo suspirábamos por tener un caso de los gordos, y no vamos ahora a renunciar a lo que tanto hemos deseado. Por otra parte, ciertos hechos de este asunto me intrigan.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles? —inquirió Pete.

—Sospecho que el señor Dwiggins se encerró a sí mismo en el armario.

—¿Que se encerró él mismo en el armario? —exclamó asombrado Gus—. ¿Y por qué había de hacer una cosa así?

—No lo sé. Forma parte del misterio.

—¿Qué te hace pensar que se encerró él mismo, Jefe? —preguntó Pete—. Lo hallamos en el interior y, ciertamente parecía haber sido maltratado.

—Mero ardid para desorientarnos —arguyó Júpiter—. Piénsalo, segundo. Usa tu facultad de raciocinio. Según nos dijo, llevaba hora y media en el armario. ¿No es así?

—Sí… Claro.

—También dijo que golpeó la puerta y pidió socorro —añadió Júpiter—. Pero dime, ¿qué haría un hombre en tales circunstancias?

—¡Se pondría bien las gafas! —Saltó Gus—. O, en todo caso, se las quitaría para guardárselas en el bolsillo. Desde luego, no se las dejaría colgando de la oreja durante hora y media.

—Tienes razón, Gus —Pete se rascó la cabeza—. También se hubiera enderezado la corbata. Es verdad, Jupe. Debió colocarse mal la corbata y las gafas para hacernos creer que había sido atacado.

—Bueno, eso es un mero análisis de los hechos —dijo Júpiter—. No obstante, el señor Dwiggins resultó muy convincente. Tal vez no hubiera despertado mis sospechas, de no ser por otro detalle. Venid aquí detrás del escritorio, y poned las manos en el asiento de la silla.

Se puso en pie. Pete y Gus tocaron el asiento de madera de la silla giratoria.

—Ahora tocad el escritorio —siguió Júpiter—, decidme la diferencia que hay entre las dos superficies de madera.

Tocaron la mesa y Gus exclamó:

—La silla está caliente porque tú estabas sentado en ella. La superficie de la mesa es más fría.

Júpiter asintió.

—Cuando recogí la silla del señor Dwiggins en su oficina, advertí que el asiento aún seguía caliente, como si alguien lo hubiera usado unos minutos antes. Luego, pensando en el detalle de las gafas y de la corbata, comprendí lo sucedido.

»El señor Dwiggins nos vio llegar y apearnos del coche, derrumbó la silla, se precipitó en el armario, desarregló su corbata y

gafas, se sentó, y empezó a gritar pidiendo ayuda. Probablemente no llego a estar en el armario más de dos o tres minutos.

—¡Caracoles! —exclamó Pete—. ¿Y para qué hizo todo esto?

—Para engañarnos —contestó Jupe—. Para hacernos creer que la copia del mensaje había sido robada, cuando en realidad no fue así.

—¿Quieres decir que no existe el hombre de mediana estatura, con gafas y bigote negro? —preguntó Gus.

—No lo creo. Opino que el señor Dwiggins se lo inventó. Mi teoría es que Tres Puntos, el señor Rama Rhandur de la India, compró al señor Dwiggins la copia del mensaje secreto y que el abogado preparó su farsa con el fin de hacernos creer que le robaron la copia.

—Tu explicación no carece de lógica —admitió Gus—. Esto justificaría por qué el señor Rhandur vino aquí. Seguramente habrá descifrado el mensaje, y ahora sabe lo importantes que son los bustos.

—¡Y dijo que volvería! —exclamó Pete—. Quizá la próxima vez lo acompañe alguno de sus compinches. Imaginad que no acepta nuestra ignorancia en cuanto al paradero de Augusto de Polonia. Saben de ciertas torturas cruelísimas para hacer hablar a la gente, allá en su país.

—Dejas que tu imaginación se desborde, segundo —amonestó Júpiter—. Estamos en California, y no en el lejano Oriente. No he oído que nadie haya sido torturado aquí, desde las luchas con los indios americanos.

—Siempre hay una primera vez —murmuró Pete.

Gus iba a decir algo cuando sonó el teléfono. Júpiter contestó.

—Patio Salvaje de los Jones. Habla Júpiter Jones.

—Soy la señora Peterson. Vivo en la playa de Malibú —dijo una mujer de voz agradable—. Ayer compré dos bustos de yeso a ustedes…

—Diga, diga, señora Peterson —apremió Júpiter, con repentino interés.

—Estaban muy polvorientos y los puse en el patio debajo de la manguera. Uno de ellos se deterioró. Se le cayó una oreja y parte de la nariz. Mi marido dice que al estar hechos de yeso deben tenerse dentro de la casa. A la intemperie se destrozarían muy pronto.

Opino que ustedes están obligados a devolverme el dinero, pues me los vendieron como adornos de jardín.

—Lo siento, señora Peterson —respondió un Júpiter muy cortés —. En realidad no se nos ocurrió que el agua pudiera afectarlos. Le devolveremos su dinero. ¿Quiere decirme qué bustos compró usted?

—No estoy muy segura, los tengo en el jardín. Pero me parece recordar que uno es Augusto no sé cuántos. Los devolveré mañana.

—¡Gracias, señora Peterson! Nosotros mismos pasaremos a recogerlos esta tarde, si me facilita sus señas. Así no tendrá que molestarse.

Escribió rápidamente la dirección que la señora Peterson le dijo, y colgó el auricular.

—¡Hemos localizado a Augusto de Polonia! —exclamó el primer investigador—. En cuanto Hans regrese con el camión pequeño, haré que nos lleve hasta allí.

—¡Magnífico! —explotó Pete. Luego añadió—: Confío en que podremos conseguir a Augusto antes de que Tres Puntos nos ponga sus manos encima.

Capítulo 7

Bigote Negro en escena

Bob llegó a la Biblioteca Pública de Rocky Beach, donde prestaba sus servicios. Al entrar, la señorita Bennet, la bibliotecaria, alzó la vista.

—Hola, Bob —dijo—. Creí que hoy no era tu día de trabajo.

—No lo es —contestó Bob—. Vengo a realizar unas consultas.

—¡Lástima que no vengas a echarme una mano! —La señorita Bennet se rió—. Ha sido una jornada muy cargada de trabajo. Hay muchos libros que ordenar en los estantes. ¿No podrías dedicarme un poco de tiempo, Bob?

—Por supuesto que sí, señorita Bennet.

La bibliotecaria le rogó que primero arreglase algunos libros juveniles. Bob se los llevó al almacén, y con fuerte cinta de plástico reparó las cubiertas en mal estado. Luego la señorita Bennet le señaló un respetable montón de libros que debían ser colocados en los estantes. Terminada esta operación, tuvo que recoger unos libros abandonados en las mesas de la sala de lectura. Bob casi perdió la compostura al ver uno de ellos. Se titulaba: «Gemas famosas y sus historias». Era precisamente el libro que pensaba consultar en la biblioteca.

—¿Ocurre algo, Bob? —preguntó la señorita Bennet.

Éste sacudió la cabeza.

—No, señorita Bennet —llevó el libro al escritorio de ella—. Se trata del que yo vine a consultar y me sorprendió encontrarlo en la sala de lectura.

—¡Caramba! —exclamó ella—. Quizá se trate de una coincidencia, pero este libro no ha sido consultado en años, y hoy lo

será dos veces.

Bob sabía la causa de esta coincidencia.

—¿Recuerda por casualidad quién pidió este libro? —preguntó.

—¡Oh, no! Ha venido tanta gente hoy, que la cabeza me da vueltas.

Bob trató de ayudarla.

—¿No sería un hombre con gafas de concha y un gran bigote negro? ¿Un hombre de mediana estatura?

—Bueno —la señorita Bennet frunció el ceño, pensativa—. Creo que sí. Ahora que lo describes, lo recuerdo. Tenía una voz baja y desagradable. ¿Cómo lo sabes?

—Oí hablar de él —respondió Bob—. Si no me necesita para nada más…

La señorita Bennet sacudió la cabeza, y Bob se precipitó a la mesa de lectura. ¡Bigote Negro había estado allí! Luego se hallaba tras la pista.

Se acomodó a repasar el libro, lleno de interesante información sobre el descubrimiento e historia de las joyas más famosas del mundo. Finalmente, después de hojear la famosa leyenda del diamante Esperanza, causa de poca suerte para sus propietarios, halló lo que buscaba. Un capítulo titulado «El Ojo de Fuego».

El Ojo de Fuego era un rubí tan grande como el huevo de una golondrina, y de un intenso color carmesí. Nadie sabía dónde ni cuándo fue descubierto, si bien estuvo en China, India y Tíbet durante muchas centurias. Perteneció a pachás, emperadores, reinas, princesas y comerciantes ricos. Fue robado muchas veces. Algunos de sus propietarios murieron por su causa; otros resultaron vencidos en batalla, perdieron su fortuna o sufrieron mil calamidades. Se tenía conocimientos de la muerte de quince hombres que lo habían poseído.

El rubí tenía forma de ojo y era muy valioso, aunque menos que otras gemas famosas, por ser hueco, y por ello imperfecto.

El capítulo acababa con estas palabras:

> *»Hay gemas que parecen perseguidas por la mala fortuna. Propietario tras propietario sufren muerte, enfermedad o graves pérdidas. La violencia lo rodea, y ninguno de sus poseedores está a salvo. El diamante Esperanza, famoso por las desgracias que*

acarreó hasta que fue adquirido por Smithsonian Institution de Washington, era uno de ellos. El Ojo de Fuego estuvo rodeado del mismo maleficio hasta que fue regalado como prenda de arrepentimiento por un maharajá de la India al Templo de Justicia, en el remoto pueblo montañés de Pleshiwar, India.

»En dicho templo, sagrado para algunas tribus fanáticas amantes de la guerra, el Ojo de Fuego se hallaba en la frente de la deidad. La tradición supersticiosa de aquellas tribus afirmaba que podía descubrir el pecado. Cuando alguien era acusado de un delito, se le llevaba a su presencia. Si el Ojo de Fuego resplandecía, significaba culpabilidad, y si permanecía normal, entonces denotaba inocencia.

»El rubí desapareció misteriosamente del templo hace muchos años. Se ignora su actual paradero, si bien los seguidores del Templo de Justicia realizan intensos esfuerzos para hallarlo. Se supone que fue vendido por un sacerdote del templo, temeroso de que el Ojo de Fuego pusiera de manifiesto su vida disoluta. También se cree que la gema permanece en la tumba ignorada del hombre que la compró. Empero muchas personas confían en que reaparecerá.

»Una antiquísima leyenda dice que si el Ojo de Fuego permanece sin ser visto ni tocado durante cincuenta años, quedará purificado y ya no será causa de mala suerte, con tal de que su propiedad se adquiera por compra, hallazgo o regalo.

»Sin embargo no serán muchos los coleccionistas que se atrevan a correr el riesgo de su maleficio, incluso después de transcurridos los cincuenta años a que alude la leyenda».

—¡Repámpanos! —murmuró Bob. Sin duda, era mejor mantenerse alejado del Ojo de Fuego. Quizás el medio siglo había transcurrido ya, puesto que el libro había sido impreso hacía años. Aun así, prefería no relacionarse con la gema.

Pensativo, cerró el libro, y buscó una enciclopedia para leer los datos de Pleshiwar en la India. Halló un corto párrafo. Decía simplemente que los habitantes de Pleshiwar y las montañas que lo rodeaban, eran de buena estatura y amantes de la guerra; feroces en las batallas y poco dados a renunciar a la venganza cuando alguien los ofendía.

Bob tragó saliva con dificultad. Recopiló notas sobre los datos principales de Pleshiwar y del rubí. Pensó en telefonear a Júpiter, pero éste no iniciaría las llamadas de la Transmisión de Fantasma a Fantasma hasta después de la cena.

Bob se despidió de la señorita Bennet y se fue en bicicleta a su casa. Su madre preparaba la cena y su padre leía y fumaba.

—Hola, hijo —saludó su progenitor—. ¿Qué te preocupa? Estás muy pensativo. ¿Intentas resolver un gran misterio? ¿O buscar otra cotorra perdida?

—No, papá —dijo Bob—. Buscamos un busto de Augusto de Polonia. ¿Sabes quién fue?

—Temo que no. Pero hablando de Augusto, me recuerdas que estamos en agosto. ¿Sabes a qué debe su nombre el mes de agosto?

Bob lo ignoraba. Cuando su padre se lo hubo explicado, saltó como si le hubieran clavado un alfiler, y corrió al teléfono. Marcó el número del Patio Salvaje. Respondió a su llamada la señora Jones, pero él pidió que se pusiera Júpiter.

—Lo siento, Bob. Júpiter y los otros se fueron hará una hora en el camión pequeño con Hans. Creo que a Malibú.

—Gracias, tía Mathilda. Llegaré dentro de unos minutos y esperaré a Jupe.

Antes de alcanzar la puerta, la voz de su madre lo detuvo en seco.

—¡Robert! La cena está servida. Ahora te sientas y comes. Cualquier asunto que te preocupe puede esperar hasta después de la cena.

Bob carecía de opción. Tuvo que sentarse. Sin duda, urgía que Júpiter supiera aquellas noticias, empero una hora más no era mucha dilación.

* * *

Júpiter, Pete y Gus recorrían la carretera de la playa de Malibú, en busca de la casa de la señora Peterson. Al fin se detuvieron frente a una mansión grande y atractiva, con amplio y bien cuidado jardín.

Júpiter precedió a sus amigos por el sendero y cruzó una placita enlosada frente a la puerta principal. Luego de pulsar el timbre, la puerta se abrió.

—Soy Júpiter Jones, de Patio Salvaje —se presentó a la mujer de aspecto agradable que abrió la puerta—. Vengo a recoger los bustos de yeso que le vendimos.

—Oh, sí. Están allí.

La mujer los acompañó hasta una esquina del edificio. Desde allí, vieron los dos bustos. Como dijera la señora Peterson, Augusto de Polonia había perdido una oreja y su nariz, y el resto aparecía muy deteriorado. El otro era Francis Bacon. Seguía intacto y tan sucio como antes, pues no había sido lavado.

—Lamento tener que devolverlos —dijo ella—. Pero los adquirí para adornar mi jardín, y mi esposo afirma que el agua de lluvia no tardaría en deshacerlos.

—Lo comprendo, señora —dijo Júpiter, ocultando su entusiasmo al recuperar a Augusto—. Tenga su dinero. Nos llevaremos los bustos.

Entregó a la señora Peterson diez dólares que su tía le había dado, cogió el busto de Augusto y lo trasladó al camión. Pete lo siguió con el de Francis Bacon. Los colocaron cuidadosamente en el asiento entre Gus y Hans, y ellos se acomodaron en la parte trasera del camión, que inició su regreso a Rocky Beach.

—¡Cáscaras! ¿Crees tú que el Ojo de Fuego está en el interior de Augusto? —preguntó Pete a Jupe.

—Considero que existe una excelente posibilidad. En cuanto lleguemos al patio lo romperemos en varios trozos para comprobarlo.

—Esperaremos a que regrese Bob —dijo Pete—. Le desilusionaría que aplastásemos a Augusto sin que él lo vea.

* * *

Bob aguardaba sentado en la oficina con la señora Jones, a la espera de que regresasen sus amigos. Los sábados, la chatarrería permanecía abierta hasta muy tarde. Era el día en que la gente acudía en mayor número y curioseaba sin prisas los mil objetos allí acumulados. Empero aquella tarde, sólo dos hombres paseaban entre herramientas y máquinas viejas.

Un sedán negro se paró ante la puerta, y un hombre saltó de él. Bob tragó saliva al verlo.

Era de mediana estatura, pelo negro, gafas ribeteadas de concha y gran bigote negro.

—Buenas tardes —saludó Bigote Negro a la señora Jones—. Me interesan estos bellos y artísticos bustos que expone aquí —se volvió a mirar las cinco cabezas en fila delante de la oficina—. Hum. Son personajes famosos. ¿Tiene más?

—Ahí están todos —contestó ella—. Y no se los puedo vender como adorno de jardín. Acabo de enterarme que se descomponen si se mojan demasiado. Un cliente me devuelve dos, y me temo que hagan lo mismo con los restantes.

Se mostraba compungida. A Mathilda Jones nunca le hizo gracia devolver el dinero. La bondad y la generosidad eran atributos de su persona, pero, buena comerciante, le gustaba sacar beneficio de las cosas raras que Titus Jones compraba.

—¿Sí? —Bigote Negro pareció interesado—. Le devuelven dos, y quizá también las otras. Bien, soy coleccionista, y compraré estas cinco por el precio que tiene fijado: cinco dólares cada una. Pero ha de prometerme que me guardará las otras. Las quiero todas.

—¿Todas? —La señora Jones se animó al oír sus palabras—. Es posible que algunas se hayan deteriorado al lavarlas sus compradores.

—No importa. Si me promete guardármelas, compraré éstas ahora y las dos que han de traerle.

—Acepto el trato —dijo tía Mathilda—. Compre éstas y suyas serán las que devuelvan. Las dos primeras llegarán en cualquier momento. Mi sobrino fue a recogerlas.

—Excelente —Bigote Negro le tendió unos billetes—. Aquí tiene treinta y cinco dólares, que valen estas cinco y las dos que vienen. Ahora, cargaré mis finos y artísticos bustos en el coche.

Bob temblaba excitado, tratando de hallar una excusa que invalidase la operación ya concertada, si bien se sabía impotente. La señora Jones se enorgullecía de hacer honor a su palabra. Júpiter traería dos bustos, y quizás uno de ellos fuese el de Augusto. Y, lógicamente, Bigote Negro lo reclamaría, puesto que ya lo había pagado.

—Bob, ¿qué demonios te pasa? —preguntó la señora Jones observándolo interesada—. ¿Qué ocurre?

—Creo… —Bob tragó saliva—. Creo que nuestro amigo Gus

quería uno de esos bustos, señora Jones. Proceden de la casa de su tío abuelo y, bueno…

—Lo siento. Debiste decírmelo mucho antes. Ahora pertenecen a ese caballero. ¡Ahí llega el camión!

Bigote Negro acababa de colocar el último de los cinco bustos en su automóvil, cuando hizo su entrada el camión.

Jupe y Pete saltaron a tierra y corrieron a la cabina. Hans les entregó las dos cabezas. Pete cogió a Francis Bacon y Jupe a Augusto de Polonia, abrazándolo tiernamente contra su pecho.

Ninguno de los dos vio a Bigote Negro hasta que éste salió al encuentro de ellos.

—Chicos, estos bustos son míos —exclamó, tratando de coger el de Augusto de los brazos de Júpiter, que se resistió—. Es mío —gruñó—. Y lo quiero. ¡Vamos, suelta!

Capítulo 8

Bob provoca una sorpresa

Bigote Negro insistió en quitárselo. Júpiter tiró a su vez, y ambos forcejearon. Al fin, el hombre gritó enfadado.

—¡Suelta, te digo! ¡Este busto es mío! ¡Pagué cinco dólares por él!

—Dáselo, Júpiter —intervino tía Mathilda.

—¡Oh, no, tía Mathilda! —protestó Jupe, abrazándolo fuertemente—. Prometí a mi amigo Gus que sería para él.

—Lo siento mucho, pero no puede ser —respondió ella—. Lo he vendido a este caballero.

—¡Es de vital importancia para Gus! —jadeó Júpiter—. Se trata de un asunto de vida o muerte.

—¡Puaf! ¿De vida o muerte una vieja estatua de yeso? —se burló su tía—. Chicos, vuestras ideas son exageradas. ¡Entrega el busto al caballero, Júpiter! El Patio Salvaje jamás se retractó de un pacto.

—¡Dámelo! —rugió Bigote Negro, y tiró más bruscamente que antes, en el preciso momento en que Júpiter obedecía a su tía. El hombre retrocedió, perdió el equilibrio y se cayó al suelo.

El busto se partió en mil pedazos.

Los chicos miraron los trozos, abiertas las bocas.

La señora Jones se hallaba algo separada y no vio nada, pero Júpiter, Gus, Pete y Bob sí lo vieron muy claro. ¡Una piedra roja del tamaño de un huevo de paloma brillaba en el centro de la cabeza rota de yeso!

Durante un instante, ninguno se movió. Fue Bigote Negro quien se puso en pie, cogió la roja piedra y se la guardó en el bolsillo.

Se volvió a la señora Jones.

—La culpa es mía —dijo—. Acepto la responsabilidad. Ahora, si me excusa, debo irme. Ya no quiero más bustos.

Saltó a su coche y condujo Veloz fuera del Patio Salvaje. Los chicos lo contemplaron desesperados.



—¡Lo ha conseguido! —gimió Pete—. ¡Se ha llevado el Ojo de Fuego! —Entonces recordó lo que antes dijeran, y añadió—: Quedamos en que no había hombre con bigote negro, que el señor Dwiggins se lo había inventado.

—Evidentemente nos equivocamos —contestó Júpiter, muy deprimido.

—Bigote Negro visitó la Biblioteca —intervino Bob—. Se estuvo documentando sobre el Ojo de Fuego.

—Bien, hemos sufrido una serle de fracasos decepcionantes —se lamentó Júpiter—. Y el peor de todos: encontramos el Ojo de Fuego y lo perdimos. ¡Lo lamento, Gus!

—No fue culpa tuya —respondió vacilante el muchacho inglés —. No te aflijas.

—Estaba seguro de que Bigote Negro no existía —dijo Pete.

La señora Jones les interrumpió.

—Bueno, Júpiter, celebro que él aceptase su culpa —hizo un gesto con la cabeza hacia los trozos de yeso que antes fueran Augusto de Polonia—. En realidad la tuvo, pues se cayó con la estatua. Claro que la gente no es siempre razonable. Por fortuna no se hizo daño. Recoge estos trozos y échalos a la basura.

—Sí, tía Mathilda —dijo Júpiter.

La señora Jones consultó el reloj sobre la puerta de su oficina.

—Hora de cerrar —dijo—. A menos que vosotros queráis permanecer aquí un rato más.

—Tenemos que hablar —respondió Júpiter—. Nos quedaremos.

—Entonces dejaré la verja abierta —dijo la señora Jones—. Así no se perderá algún posible cliente. Estad atentos por si viene alguien.

Júpiter accedió con un golpe de cabeza y su tía se marchó a la pequeña casa de dos pisos que servía de vivienda.

Los cuatro muchachos se quedaron solos. Recogieron los restos de Augusto y los llevaron a una vieja mesa. Júpiter los examinó.

—¿Veis? —dijo, señalando una cavidad en forma de huevo—. Aquí es donde estaba el Ojo de Fuego.

—¡Y ahora lo tiene Bigote Negro! —gimió Bob—. Jamás lo recuperaremos.

—Parece poco probable —concedió Júpiter, si bien era muy raro que admitiera una derrota—. Empero, examinemos las

posibilidades. Vayámonos a mi taller y que Bob nos cuente qué averiguó.

Sentados junto a la imprentilla, escucharon a Bob que leyó sus notas sobre la historia maléfica del Ojo de Fuego, y de la gente de Pleshiwar.

—¡Caramba! —exclamó Pete—. No me gusta nada de eso. Si el Ojo de Fuego es un rubí que trae mala suerte, propongo dejarlo tranquilo. ¡Que fastidie a otro!

—Empero la leyenda dice que si el Ojo de Fuego permanece sin ser visto ni tocado durante cincuenta años, perderá su maleficio —señaló. Bob.

—Desde luego —aceptó Pete—. Y también dijiste que los coleccionistas no se arriesgarían a comprarlo ni siquiera después de cincuenta años.

—Empiezo a comprender por qué mi tío actuó como lo hizo —dijo Gus, con los ojos brillantes de excitación—. Ocultó el Ojo de Fuego dispuesto a conservarlo así durante cincuenta años. Entonces, una vez inofensivo, lo vendería. Pero al término de ese tiempo sintióse morir, y me nombró su heredero. Y, siendo así, el rubí es ya inofensivo.

—Puede que lo sea —aceptó Júpiter—, pero lo tiene Bigote Negro. Y de momento, ignoro cómo vamos a recuperarlo.

—¡La Transmisión de Fantasma a Fantasma! —exclamó Bob—. Movilizaremos a miles de chicos en busca de Bigote Negro. Cuando lo encontremos le… le… —Enmudeció al comprender que ignoraba lo que haría.

—¡Excelente idea! —Aplaudió Júpiter—. Entonces podremos quitárselo. Pero ¿habéis pensado en cuántos hombres de esta ciudad responden a la descripción de Bigote Negro? ¡Cientos! Además, sospecho que Bigote Negro es un personaje disfrazado.

—Entonces no hay esperanza —dijo Gus, luego del largo silencio que siguió a la observación de Júpiter.

—¡La campana! —exclamó Bob—. Algún cliente, Jupe.

—Iré a ver qué quiere —Júpiter se puso en pie, y caminó hacia la oficina, seguido de sus amigos.

Desde el centro del patio vieron al cliente junto a un extraordinario coche negro, que apoyado en un bastón, miraba a su alrededor.

—¡Oh! ¡Oh! —susurró Pete—. ¡Es Tres Puntos!

—¡Mala cosa! —comentó Bob.

Júpiter avanzaba hacia el hombre. Ellos lo siguieron a desgana, percatados de que el primer investigador caminaba con los hombros caídos, adoptando una expresión estúpida.

—Buenas tardes, muchachos —dijo Tres Puntos, que se sonrió, si bien no agradablemente—. Acabo de ver eso.

Señaló con su bastón los pedazos rotos de Augusto de Polonia.

—Parecen los restos de Augusto, cuya posesión tanto me interesaba. Si mal no recuerdo te pedí que me telefonearas si era devuelto.

—Sí, señor —respondió Júpiter—, pero se rompió.

—¿Y cómo se rompió? —La sonrisa de Tres Puntos parecía la de un tigre a punto de comerse un lindo y rollizo niño—. He observado con especial interés la diminuta cavidad entre los trozos. Algo había oculto en este busto.

—Sí, señor —aceptó apagadamente Júpiter—. El cliente que lo rompió cogió algo. Empero no vimos bien qué era.

Decía la verdad. Con absoluta claridad no lo vieron. Sólo podían afirmar que el objeto fue recogido por Bigote Negro.

—Este cliente —preguntó Tres Puntos—, ¿no sería un hombre con grandes gafas y un bigote negro?

Júpiter asintió. Pete, Bob y Gus intercambiaron miradas de alarma.

—Y —continuó el indio—, ¿no recogería por casualidad un objeto parecido a éste?

Con brusco movimiento sacó algo de su bolsillo y lo tiró sobre la mesa junto al busto roto. Aquello tenía forma de ojo y resplandecía rosado.

—¡El Ojo de Fuego! —dijo el forastero.

Júpiter tragó saliva al contestar.

—Sí, señor; se parecía a eso.

—¡Hum! —El hombre se apoyó sobre su bastón y los miró—. Todos habéis oído hablar del Ojo de Fuego, imagino, y también del destino fatal que espera a quien lo posee.

Ninguno tuvo una respuesta adecuada, y permanecieron silenciosos. Se preguntaron, no obstante, cómo era posible que Tres Puntos tuviese el Ojo de Fuego cuando Bigote Negro se lo había

llevado una hora antes.

—Quiero enseñaros algo.

Tres Puntos alzó el bastón, torció el puño y la hoja del estoque salió disparada.

—Soy un descuidado —dijo—. Ni siquiera la limpié.

Sacó de su bolsillo un pañuelo de papel y limpió la hoja del estoque. Algo rojo y pegajoso tiñó el pañuelo.

—La sangre es muy mala para el acero fino —aseveró mientras escalofríos sacudían a los cuatro amigos—. No obstante…

Alargó el arma que dio con fuerza con el rubí. Luego lo empujó hacia Júpiter.

—Examínalo —invitó—. Dime qué es.

Júpiter sujetó la piedra para verla mejor. Los otros se apiñaron a su lado. Al principio no vieron nada especial. Fue Júpiter quien advirtió primero que el estoque había hecho un fino corte a la piedra.

—¡El rubí está rayado! —dijo—. No lo entiendo. Los rubíes son más duros que el acero.

—¡Ah! —Tres Puntos pareció complacido—. Indudablemente no eres tan estúpido como fingías. Claro que tampoco me engañaste. Estaba seguro de que eres un joven muy astuto —Júpiter se mordía el labio, molesto consigo mismo por haberse delatado. El indio añadió—: Ahora, saca las naturales consecuencias de este fenómeno.

Júpiter, silencioso, estudiaba la piedra.

—Consiguió rayarla porque no es el rubí auténtico —dijo al fin —. Es una imitación, hecha de pasta.

—¡Exacto! —La voz de Tres Puntos sonó áspera—. Esta imitación se la quité al caballero del bigote negro. El verdadero Ojo de Fuego aún tiene que aparecer. Empero, sé que está oculto en un busto de Augusto, en un segundo Augusto, que también se ha vendido. Sólo tú puedes encontrármelo.

El indio observó el rostro de los cuatro muchachos antes de añadir:

—¡Os ordeno que me encontréis al otro Augusto! ¡Si no lo hacéis…!

No concluyó su amenaza. Después dijo:

—Creo que me entendéis. Telefoneadme en cuanto lo hayáis

localizado.

Tres Puntos se subió al coche que aguardaba y desapareció, dejando a los chicos estupefactos.

—El misterio se complica —habló Júpiter—. ¿Por qué pondría un rubí falso dentro del busto de Augusto de Polonia el tío Gus? ¿Vivió engañado en cuanto al rubí verdadero? ¿Lo hizo para confundir a los extraños? En tal caso, el rubí verdadero está en otro busto. Nosotros sabemos que no hay otro Augusto y…

—¡Eso es! —Saltó Bob—. ¡Eso es!

Júpiter parpadeó.

—Acabo de recordarlo —dijo Bob—. Papá me lo dijo antes. Se trata de Octavio, un emperador romano que se llamaba Augusto. Cuando el tío abuelo de Gus escribió: «Augusto es tu fortuna», se refería al busto de Octavio.

Capítulo 9

Llamada de un fantasma

—¡Propongo que nos olvidemos del Ojo de Fuego! —dijo Pete—. Según la leyenda ha matado a quince hombres, y no me gustaría que a su cuenta añadiese a cuatro chicos.

—Me parece razonable la propuesta de Pete —exclamó Gus—. Además, no estoy seguro de querer el Ojo de Fuego, aun cuando lo encuentre. Su posesión entraña riesgo.

—¡Ya sabéis lo sucedido a Bigote Negro! —reforzó Pete—. Lo consiguió hace menos de una hora, y… ¡se lo cargaron!

Bob se limitaba a observar el rostro sombrío de Júpiter.

—Aún no hemos encontrado el Ojo de Fuego —dijo éste—. Luego no estamos en peligro. Al menos, no de momento.

—Sometámoslo a votación —sugirió Pete—. Votó porque abandonemos el caso ahora. Los que están conmigo, dirán sí.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

La sílaba fue repetida varias veces por «Barbanegra», un pájaro mina cuya jaula colgaba en el puesto de mando.

Nadie más concedió su voto a Pete. Gus permaneció silencioso porque se consideró sin derecho a decidir la conducta que debía adoptarse. Bob, simplemente, confiaba en su jefe. Además, éste sabía cuan poco efectiva era una votación adversa para Júpiter.

—¡Los muertos no cuentan historias! —gritó «Barbanegra», que se rió.

—¡Calla tú! —gritó Pete—. ¿Quién te ha dado vela en este entierro? —Se volvió a Júpiter—. Muy bien, dime, ¿qué hacemos ahora? ¿Avisamos a la Policía para que sepan lo sucedido a Bigote Negro?

—Carecemos de pruebas —respondió el interpelado—. Y sin evidencia, no nos creerán. Naturalmente, lo diremos si Bigote Negro no aparece.

»De momento sólo se me ocurre una idea: localizar el busto de Octavio. Y el único modo de hacerlo es recurrir a la mayoría de nuestros amigos, que estarán en sus casas. Propongo poner en marcha la transmisión.

Las palabras de Júpiter sellaron toda discusión. Inmediatamente llamó a cinco de sus amigos, y les rogó que telefoneasen a las diez de la mañana del día siguiente, si averiguaban el paradero de Octavio. Bob telefoneó a otro grupo de amigos, y Pete hizo lo mismo. Terminada la operación, los Tres Investigadores estuvieron seguros de que el mensaje sería recibido por cientos, incluso miles, de muchachos residentes en Rocky Beach, Hollywood y Los Ángeles.

Los Tres Investigadores habían usado ya la Transmisión de Fantasma a Fantasma, y cuantos recibieron la llamada, conocían el procedimiento y gozaron ayudando a la misteriosa investigación, aun cuando no conocieran personalmente a Júpiter, Pete o Bob.

Cuando acabaron de telefonear, Júpiter invitó a Gus a pasar la noche con él en vez de regresar a su habitación en el hotel de Hollywood. Gus aceptó, Pete y Bob se marcharon juntos hacia sus respectivos hogares.

—¿Hallaremos el busto de Octavio? —preguntó Pete.

—En otro caso, alguien tendrá una gran sorpresa algún día —contestó Bob—. Imagínate que instalan el busto en el jardín, y las inclemencias del tiempo lo desmoronan. Una mañana hallarían un rubí de valor incalculable en el césped.

—Y si lo conservan en la casa, un día puede caerse y el rubí ir a parar al cubo de la basura —objetó Pete.

Se dijeron adiós, y Bob pedaleó más fuerte hasta llegar a su casa, donde halló que su padre miraba molesto al teléfono.

—Intento hablar con el periódico —se quejó el señor Andrews—, pero todas las líneas de Rocky Beach están ocupadas desde hace media hora. Parece increíble, pero es cierto.

Bob conocía la causa de aquel fenómeno, si bien prefirió no mencionar la Transmisión de Fantasma a Fantasma. Siempre que habían recurrido a semejante truco informativo, los teléfonos se convertían en algo imposible.

Se fue a su habitación, pero transcurrió bastante rato antes de que pudiera dormirse. Sin embargo, el cansancio le venció y sus párpados se cerraron pesadamente. Indios salvajes a caballo armados de bastones-estoque galopaban por su mente, con el tremendo realismo de los sueños.

Al abrir los ojos, el sol estaba alto. Su olfato percibió el tocino que su madre freía en la cocina. Se vistió raudo, y bajó los escalones de dos en dos.

—¡Hola, mamá! ¿Algún mensaje de Júpiter?

—Bueno, déjame pensar… —Ella se apoyó un dedo en la barbilla y fingió profunda meditación—. Hubo uno. Algo así como: «La vaca saltó encima de la luna y el plato huyó con la cuchara».

Bob frunció el ceño. El mensaje no se parecía en nada a la clave usada siempre por Júpiter. Entonces vio que su madre se reía y comprendió que bromeaba.

—¡Oh, mamá! —exclamó—. ¿En verdad te dijo eso?

—Deja que piense un poco más —respondió ella—. ¡Ah, si! «Zarabanda y tremolina. Se precisa que alguien vigile el almacén». Caramba, Robert. ¿No podríais comunicaros en idioma normal? —Luego añadió—: No, creo que resulta más divertido así. Está bien, no te preguntaré qué significa, pero sospecho que trabajáis en otro caso.

—Sí, mamá —contestó Bob, distraído, sentado a la mesa de la cocina.

«Zarabanda y tremolina» significa ir a Patio Salvaje lo antes posible, pero sin máxima urgencia. «Se precisa que alguien vigile el almacén», suponía que el tercer investigador se quedase en el puesto de mando, junto al teléfono, porque los otros se habrían ido a alguna parte. ¿Dónde los habría llevado Jupe aquella mañana?, se preguntó Bob.

—¿Es todo lo que piensas decirme? —preguntó su madre, sirviéndose un plato de tocino, huevos y tostadas—. ¿Sólo «sí, mamá»?

—Oh, perdóname —se disculpó el muchacho interrumpiendo sus pensamientos—. Adivinaste que investigamos un nuevo caso. Buscamos el busto de un emperador romano, llamado Octavio, que se vendió por error. Pertenece a un chico inglés, y tratamos de localizarlo.

—Me parece muy bien —dijo ella—. Ahora, cómete los huevos; un busto no huirá. Lo bueno de estas figuras es que se están quietas.

Bob prefirió no decir que este busto se diferenciaba de los demás en que era muy esquivo. Luego de acabarse su desayuno, se fue tan aprisa como pudo a la chatarrería. Encontró a tía Mathilda en la oficina, y a Hans y Konrad ocupados en el patio.

—Buenos días, Bob —saludó la señora Jones—. Júpiter, Pete y el chico inglés se fueron en bicicleta hace media hora. Júpiter dejó un mensaje donde tiene su maquinaria.

Bob se apresuró a ir al taller, donde halló una nota sobre la imprentilla: «Bob, maneja las campanas. Realizamos una descubierta de exploración. Primer Investigador. J. Jones».

«Maneja las campanas» quería decir que estuviera junto al teléfono por si los «fantasmas» hacían alguna llamada. Empero, lo que más le hubiera gustado leer e interpretar era la causa que había motivado la salida, y dónde.

Resignado, se deslizó por el Túnel Dos hasta la oficina del puesto de mando.

No tardó mucho en sonar el teléfono. Eran las diez menos cinco minutos. Debía de ser un «fantasma». Bob cogió el auricular.

—Tres Investigadores, Bob Andrews al habla —dijo.

—Hola —contestó un chico—. Soy Tommy Farrell y quizá tenga información para ti. Mi hermana compró un busto en el Patio Salvaje de los Jones, y lo instaló en nuestro jardín.

—¿Cómo se llama? —preguntó Bob, ansioso—. ¿Octavio?

—¡Atiza!, pues no lo recuerdo. Espera un momento, que voy a comprobarlo.

Bob esperó con el corazón latiéndole aceleradamente. ¿Habría tenido éxito tan pronto la Transmisión de Fantasma a Fantasma? Si la hermana de Tommy Farrell tenía a Octavio…

De nuevo llegó la voz del chico.

—No es Octavio. Se trata de Bismarck. ¿Ayuda eso?

—Muchas gracias, Tommy —respondió Bob, decepcionado—. El que necesitamos es Octavio. De todos modos, gracias por la llamada.

Bob dejó el auricular en su cuna, y a falta de otra cosa que hacer, sentóse a la máquina de escribir, para mecanografiar sus notas sobre el caso. La carencia de otras llamadas patentizaban por

esta vez el fracaso de la Transmisión de Fantasma a Fantasma.

—¡Bob! ¡Bob Andrews! —La voz potente de Mathilda Jones llegó a través del abierto tragaluz del puesto de mando—. Júpiter no ha regresado y la comida está a punto. ¿Tampoco tú quieres comer?

—Ahora voy —dijo Bob por el micrófono.

Al abrir la trampilla del Túnel Dos, oyó el teléfono. Raudo, la dejó caer, y ansioso atendió la llamada.

—Hola. Aquí Tres Investigadores. Bob Andrews al habla.

—Querías saber dónde está el busto de Octavio —respondió una voz de niña—. Mi madre lo tiene. Pero resulta que ahora le desagrada y piensa regalárselo a una vecina.

—¡Por favor, no le dejes que haga eso! —gritó Bob—. Nuestro lema es que todo cliente se vaya satisfecho. Iremos a tu casa en cuanto podamos y le devolveremos su dinero. Llevaremos otro busto por si prefiere el cambio.

Tomó nota del nombre y dirección, que era en Hollywood. Luego colgó el auricular y miró angustiado el reloj.

Capítulo 10

¡Atrapados!

Pete jadeaba delante de sus dos compañeros, mientras empujaban sus bicicletas en un repecho que ascendía hasta lo alto del Cañón Esfera.

Aquel pequeño punto de las elevadas colinas al noroeste de Hollywood era muy estrecho y empinado. Pero ningún otro camino llegaba a la planicie donde se alzaba la mansión de Horacio Agosto, en un prado de alta y descuidada hierba.

A Júpiter se debió la idea de visitar la casa. No es que tuviese un plan establecido de antemano, sino más bien deseo de conocer la propiedad del tío abuelo de Gus.

Sin embargo, la excursión resultó ser más larga y penosa de lo previsto. Ya casi era mediodía, y el sol abrasaba sobre sus cabezas. Se detuvieron a secarse las sudorosas frentes y contemplar el hogar vacío de Horacio Agosto.

Era un edificio de tres plantas, cuya visión resultaba impresionante en la solitaria meseta. Los muchachos no advirtieron ningún signo de vida. Poco después se hallaban frente a la puerta principal, donde abandonaron sus máquinas sobre la hierba.

—Nos olvidamos la llave, aunque habrá algún medio de entrar —dijo Pete—. El señor Dwiggins nos autorizó.

—Podemos romper una ventana y entrar por ella —sugirió Gus.

—Prefiero evitar daños —respondió Júpiter—, pese a que no tardarán muchos días en derruir el edificio. Tengo un manojo de llaves —se sacó del bolsillo un abultado llavero, coleccionado en Patio Salvaje—. Veamos si una de éstas nos sirve. Para una solución extrema, siempre hay tiempo.

Ascendieron los tres peldaños que había hasta la puerta, y Pete giró el pomo. Su sorpresa fue mayúscula, cuando, silenciosamente, se abrió aquélla.

—¡Está abierta! —dijo—. ¡Ni siquiera tiene echado el pestillo!

—Eso es raro —comentó Júpiter, frunciendo el ceño.

—Quizás el señor Dwiggins se la dejó abierta el otro día —sugirió Pete—. O tal vez lo hizo otra persona. Bien, eso carece de importancia. La gente suele dejar abiertas las casas vacías.

Penetraron en el oscuro recibidor. A cada lado vieron dos habitaciones enormes y desiertas. Sólo había polvo y pedazos de papel en el suelo.

Júpiter entró en la que supuso destinada un tiempo a sala de estar. Allí no había mucho que ver. Carecía de muebles. El papel oscuro que cubría las paredes brillaba aún pese al polvo acumulado. Se volvió a la habitación opuesta, que debió ser la biblioteca, a juzgar por las estanterías de obra en tres de sus paredes. Empero se hallaban totalmente vacías, excepto de polvo. Júpiter, parado en el centro de la estancia, examinó los estantes.

—¡Ah! —exclamó.

—¿Qué sucede? —preguntó Pete—. No advierto nada que pueda pasmarte.

—Si no ejercitas tus dotes de observación nunca llegarás a ser un investigador de primera —reprendió Jupe—. Observa la estantería que hay delante de mí.

Pete lo hizo.

—Sólo descubro polvo.

—Observa el extremo —invitó Jupe— que se extiende hacia la otra sección. Sobresale algo más de medio centímetro. Resulta muy significativo.

El Primer Investigador se adelantó unos pasos y tocó el saliente, que, sin ruido, se hundió hacia dentro, mostrando una estrecha puerta.

—¡Una habitación secreta tras la librería! —exclamó.

—¡Rayos y centellas! —gritó Pete—. ¡Hemos descubierto algo!

—Tampoco trajimos linternas —se quejó su jefe—. Imperdonable descuido mío, Pete.

—Nos servirá la que uso como faro en mi bicicleta —respondió su segundo.

—¡Tráela! —ordenó Júpiter.

Pete no tardó en regresar, y ofreciendo la linterna a su jefe dijo:

—Sin duda querrás entrar el primero.

—No puede haber ningún peligro —respondió Júpiter—. Y menos en una casa vacía desde hace tanto tiempo.

Pete no compartía semejante opinión. Ya habían descubierto otras habitaciones secretas en anteriores investigaciones, y en una hallaron un esqueleto. Jupe encendió la linterna y penetró en la estancia seguido de Pete y Gus.

Los tres se detuvieron en el centro de lo que resultó ser un pequeño cuarto. No vieron ningún esqueleto, ni nada parecido. Sólo había estantes en las paredes, signo evidente de ser una prolongación de la biblioteca, destinado, a guardar libros. Tampoco hallaron ningún ejemplar.

—Nada —dijo Pete.

—¿Nada? —preguntó Jupe.

Pete miró a su alrededor.

—No veo nada —repitió.

—Porque no buscas lo que debes —se quejó su jefe—. Lo que ven tus ojos es tan común que no advierten lo extraordinario y real que es.

El segundo investigador se esforzó, pero con el mismo resultado negativo.

—Bien, dímelo. ¿Qué es eso tan común que soy incapaz de ver?

—Se refiere a que allí hay una puerta —dijo Gus.

Pete la vio entonces. Frente a él había un pomo, y una rendija en la pared marcando una puerta. Sin duda, al construirla no trataron de disimularla. Pero el segundo investigador estaba acostumbrado a ver pomos en las puertas, y cuartos con puertas. Eso hizo que no captase el detalle.

Júpiter giró el pomo. La estrecha puerta se abrió fácilmente, y a la luz de la linterna vieron peldaños de madera que descendían.

—Estos peldaños conducen a un sótano —explicó Júpiter—. Podríamos inspeccionarlo.

—En tal caso, dejemos las puertas abiertas —exigió Pete—; no quiero puertas cerradas tras de mí.

Júpiter descendió la escalera y los otros lo siguieron. Las paredes estaban tan próximas que frotaban sus hombros contra la madera.

Júpiter se detuvo. Otra puerta estrecha entorpecía el paso, pero se abrió fácilmente. Por ella entraron en un pequeño cuarto con las paredes de piedra, donde el aire húmedo era muy frío.

—Estamos en el sótano —dijo Júpiter paseando la linterna.

A su resplandor vieron muchos y curiosos estantes inclinados, que nada significaron para los dos investigadores. Pero Gus comprendió en seguida.

—Es la bodega —dijo—. En estos estantes se depositan las botellas de vino, que así permanecen inclinadas. ¡Mirad, una botella rota! No hay duda de que esto era la bodega de mi tío Horacio.

Júpiter apagó la luz y la oscuridad los envolvió.

—¿Qué pasa, Jupe? —susurró Pete.

—¡Chist! ¡Alguien viene! ¡Mira!

Por la cerrada puerta que comunicaba la bodega con el resto del sótano, vieron un resplandor. Luego oyeron voces lejanas.

—¡Salgamos de aquí! —murmuró Pete, que trató de girar el pomo de la puerta situada tras de ellos.

Pero el nerviosismo puso brusquedad en sus dedos, y el pomo se quedó en su mano. Las voces y la luz se aproximaban. Pete buscó afanoso en la lisa madera sin hallar nada.

¡Estaban atrapados en la bodega!



Capítulo 11

«¡Sabemos que estáis aquí!».

Los pasos se detuvieron exactamente detrás de la puerta de la bodega. Una linterna provocó un destello de luz en la oscuridad que envolvía a los tres jóvenes.

—Ya hemos registrado la bodega —dijo una voz profunda—. No hace falta entrar otra vez.

—Hemos buscado en toda la casa —comentó otra voz áspera—. Llevamos media hora en este sótano. Jackson, si nos engaña…

—¡No, les juro que no! —dijo la voz aguda de un hombre de edad avanzada—. Si está en esta casa, hemos de encontrarlo. Les digo que hay muchos escondites que yo ignoraba, pese a que fui el mayordomo del señor Weston… bueno, del señor Agosto durante veinte años.

¡Jackson! Pete sintió cómo Júpiter se envaraba. El señor Dwiggins había nombrado a los Jackson, únicos supervivientes del tío abuelo de Gus.

—Espero que esté en lo cierto, Jackson —contestó Voz Profunda —. No jugamos a las damas. Se trata de dinero abundante y obtendrá su parte cuando encontremos el Ojo.

—Les he dicho cuanto sé, de veras —afirmó el señor Jackson—. Lo debió de ocultar en alguna parte, aprovechando que mi esposa y yo estaríamos ausentes. No estoy seguro de que confiara en nosotros, pese a que le servimos fielmente tantos años. Hace algún tiempo que se mostraba algo raro, como si se supiera espiado.

—Era listo y no confiaba en nadie. Y se comprende con una piedra como el Ojo en su poder —comentó Voz Áspera—. Me gustaría saber qué se propuso al enterrar aquella piedra falsa en la

cabeza de Augusto.

Los muchachos escuchaban con incontrolado interés, casi olvidados de su peligrosa situación. Si los que hablaban conocían la falsedad del Ojo de Fuego hallado, entonces eran cómplices de Bigote Negro o de Tres Puntos. Las siguientes palabras aclararon esta pregunta.

—¡Pobre Hugo! Cuando aquel sujeto de los tres puntos acabó con él, no se mostró muy combativo —dijo Voz Áspera, riéndose.

Aquella risa hizo que Pete sintiera escalofríos en la espina dorsal. Recordó el brillante estoque y la mancha roja que dejara al ser limpiado.

—Olvídate de Hugo —aconsejó Voz Profunda—. Ahora nos interesa averiguar por qué había un rubí falso en la cabeza de Augusto. Tal vez sólo fuera una pista falsa. Y eso me hace presumir que el auténtico se halla oculto en esta casa.

—Me temo, caballeros, que tendrán que demoler todo el edificio para encontrarlo —dijo el señor Jackson—. Les juro que no se me ocurren más ideas sobre dónde buscar. Déjenme regresar con mi esposa a San Francisco. He hecho todo lo que he podido, de veras.

—Nos lo pensaremos —respondió Voz Profunda—. Quizá lo dejemos marchar. La persona que me gustaría tener en mis manos es aquel inteligente gordo de la chatarrería. Según me han informado, tiene cerebro de computadora aunque ponga cara de estúpido. Apuesto un dólar a que sabe más de lo que dice.

—No es fácil apoderarse de él —comentó Voz Profunda—. Aunque… tal vez sí. Vámonos arriba, y discutiremos qué ha de hacerse ahora.

—¿Qué piensas de la escalera secreta del cuartito? —preguntó Voz Áspera—. Quizá sea bueno buscar allí.

—Demasiado inocente —repuso Voz Profunda—. Ya oíste a Jackson, servía de comunicación entre la bodega y la biblioteca. ¿No es así, Jackson?

—Desde luego —contestó el mayordomo—. Veinticinco años atrás, el señor Agosto instaló las estanterías, y para satisfacer su deseo, construyó la escalera. Sólo la empleaba para bajar a su bodega de noche. Siempre decía que de niño, en Inglaterra, soñaba con vivir en una casa grande con una escalera secreta.

—Bien —apremió Voz Profunda—. Regresemos arriba. Este

oscuro sótano me hace sentir incómodo.

La luz se alejó, y después, los tres chicos oyeron pasos que ascendían escalones de madera, y una puerta al ser cerrada de golpe. Volvían a estar solos en la bodega.

—¡Truenos! —exclamó Pete—. Creí que nos tenían. Sonaban a clientes desagradables.

—¡Palabra! —dijo Gus—. ¿Recordáis la risa del que habló de la suerte de su compañero a manos de Tres Puntos?

—¿Quiénes supones que son? —preguntó Pete—. ¡Jupe! —gritó —. ¿Estás en trance o algo parecido?

El Primer Investigador volvió en si con un ligero sobresalto.

—Pensaba —admitió—. Estos dos sujetos debieron de tener noticias del Ojo de Fuego a través del señor Jackson, y ahora lo obligan a que les ayude a obtenerlo antes de que Tres Puntos lo consiga.

Pete asintió antes de preguntar.

—¿Cómo salimos de aquí? Estamos atrapados.

Júpiter decidió qué debía hacerse.

—Prefiero esperar hasta que ellos se alejen. Mientras, localizaremos la puerta del sótano, y nos prepararemos a escapar a la primera oportunidad.

Salieron de la bodega a un sótano de vigas bajas. Carecía de ventanas. En un extremo vieron un gran depósito de combustible para el enorme horno de la calefacción.

Localizaron un tramo de peldaños de madera que conducían a una puerta, a la que se acercaron de puntillas. Jupe, cauteloso, tanteó el pomo, que giró, pero la puerta no se abrió.

—Está cerrada por el otro lado —dijo—. Seguimos atrapados.

Durante un momento se quedaron silenciosos. Si estaban encerrados en el sótano, y aquellos sujetos se marchaban, dejándolos allí, ¿cuándo vendría alguien que les librase? Tal vez pasarían muchos días… o quizá no apareciese nadie hasta que los obreros empezasen a demoler la casa.

Júpiter rompió el silencio.

—Nos queda la puerta de la escalera secreta.

—El pomo se desprendió por el otro lado —objetó Gus—. Lo oí caerse. Aquella puerta no se abrirá, ¿verdad, Pete?

—Eso temo.

—Espero abrirla —afirmó Júpiter.

Regresaron a la bodega. Pete mantuvo la luz enfocada sobre el puesto donde antes había estado el pomo desprendido. Jupe sacó su navaja suiza. Abrió una hoja, que era un pequeño destornillador.

—Cuando falta un pomo de una puerta ordinaria, un destornillador sirve para girar el picaporte —dijo.

Introdujo el destornillador en el agujero, y al girarlo, enganchó la pieza de cuatro lados que había en el interior. La lengüeta de la cerradura se movió, y la puerta quedó abierta.

—Es una operación muy sencilla, que da resultado en las emergencias —comentó Júpiter, mientras salía al pequeño cuarto.

De repente, un foco de luz hizo parpadear al jefe de los investigadores, que se vio deslumbrado.

—Conforme —dijo Voz Profunda—. Supusimos que estabais aquí. Así que, arriba, y tranquilos, si sabéis lo que os conviene.

Capítulo 12

Tercer grado para Júpiter

Júpiter no obedeció la orden. Se inclinó y cogió el pomo con el eje que había caído en el cuartito, pero empujó la puerta, que se cerró de golpe.

—¡Agárralo, Charlie! —gritó Voz Profunda—. ¡Éste es el gordo! ¡Tenemos que hablar con él!

Júpiter careció de tiempo para enfadarse por el insulto que suponía llamarle gordo. Fuertes brazos le inmovilizaron. Segundos después era obligado a subir la escalera.

En la bodega, Pete y Gus oyeron los golpes y exclamaciones de los dos hombres que empujaban a Jupe por la escalera. Ambos se miraron desalentados.

—Han cogido al jefe —se lamentó Pete.

—Pero su captura no parece fácil y cómoda —dijo Gus, al oír a uno de los hombres que gruñía de dolor.

Sin embargo, los ruidos cesaron muy pronto. Entonces se oyó a Jupe a través de la cerrada puerta:

—Muy bien, caballeros. Me estaré quieto. Dos son demasiados para mí, y toda resistencia sólo retrasaría el inevitable resultado.

—¿Eh? —preguntó Voz Áspera—. ¿Qué es lo que has dicho?

—Dice que se portará bien, pues reconoce que le podemos —aclaró Voz Profunda—. Conforme, gordo, sube la escalera. Haz un falso movimiento y te atizaré.

—¿Y qué pasa con los otros dos? —preguntó Voz Áspera.

—Déjalos encerrados —aconsejó Voz Profunda—. Sólo necesitamos a éste.

Pete y Gus captaron el ruido de la puerta de la biblioteca al

cerrarse de golpe. Después oyeron pasos en la escalera y cruzar la habitación de encima.

—¡Se rindió! —comentó Gus.

—Luchar contra dos, es pérdida de tiempo y ganancia de mamporros —justificó Pete a Júpiter.

—Bueno, ahora él está prisionero arriba, y nosotros abajo —dijo Gus—. Las puertas están cerradas, y no podemos salir.

—Jupe nos sacará de este contratiempo —aseguró Pete.

Empero, el Primer Investigador no se hallaba en condiciones ni de salvarse a sí mismo.

Voz Profunda le torció un brazo sobre la espalda, y le obligó a entrar en la cocina, donde había el único mueble dejado en la casa, una mecedora tan vieja, que nadie quiso comprar.

Voz Profunda era bajo y más bien gordo. Voz Áspera, un tipo corriente sobrado de carnes como su compañero. Ambos lucían gafas ribeteadas de concha y negros mostachos, que recordaban a Bigote Negro. Sin duda, pertenecían a la misma banda.

Voz Profunda llevó a Júpiter a la mecedora y lo forzó a sentarse.

—Hay varios cordeles en el tendedero de ropa situado atrás de la casa —dijo a su compañero—. Tráelos.

El otro salió por la puerta de la cocina.

Voz Profunda registró a Júpiter y le quitó su apreciada navaja.

—Buena cosa —dijo—, para rebanar las orejas a un par de tontos, si nos conviene.

Júpiter se mantuvo silencioso. Sin duda, Voz Profunda poseía una cultura superior a la de su compañero. Era evidente que el primero daba órdenes al segundo.

En el umbral quedó enmarcado un hombre bajo, con pelo gris y gafas ribeteadas de oro. Desde luego, no era otro que el señor Jackson.

—Espero que no le harán daño —dijo preocupado—. Me prometieron que no habría violencia ni peligro.

—Déjenos solos —ordenó Voz Profunda—. No habrá violencia si «Gordito» coopera. ¡Y ahora, lárguese a toda velocidad!

Jackson volvió a lo que fuera sala de estar. Voz Áspera regresó con varios cordeles, y los dos hombres ataron al Primer Investigador a la mecedora. Sus brazos quedaran sujetos a los brazos de la mecedora, y sus piernas a la barra posterior de ésta. Cuando

terminaron, apenas podía moverse.

—Ahora, muchacho —dijo Voz Profunda—, hablaremos. ¿Dónde está el rubí?

—No lo sé —replicó el muchacho—. Lo buscamos también.

—No parece dispuesto a cooperar —exclamó el otro, que abrió la navaja de Jupe, cuya hoja brilló siniestra—. Déjame que le haga cosquillas, Joe. Le ayudará a recordar cómo se responde correctamente a las preguntas.

—Yo me cuido de esto, Charlie —se opuso Joe—. Probablemente lo ignora. Pero apuesto algo a que tiene ideas. Bien, gordo, contesta: ¿Por qué la piedra que había en el busto de Augusto era falsa?

—No estoy seguro —dijo Júpiter.

El Primer Investigador decidió contestar. Ignoraba el paradero del Ojo de Fuego, que suponía en el busto de Octavio. Lo importante ahora consistía en ganarse a los dos hombres, que tal vez lo dejarían en libertad.

Por eso añadió:

—Supongo que el señor Agosto puso el rubí falso en Augusto para desorientar a quien lo buscase, haciéndole creer que lo había encontrado.

—Entonces, ¿dónde puso el rubí verdadero? —insistió Joe.

—En otro de los bustos. De ser descubierto el engaño, ¿quién sospecharía que se hallaba en Octavio?

—¿Octavio, eh? —intervino Charlie—. ¿Y por qué precisamente Octavio?

—Naturalmente —respondió Joe—. Octavio fue un emperador romano a quien la gente llamaba Augusto. ¿Lo comprendes ahora?

—Sí, claro —Charlie se rascó la cabeza—. Parece lógico. Bueno, muchacho, contesta, ¿dónde está Octavio?

—Eso no lo sé. Mi tía lo vendió, y no guarda registro de nombres y direcciones de los compradores. Cualquier persona de Los Ángeles o de algún lugar cercano pudo adquirirlo.

Joe lo miró fijamente, frotándose distraído el falso bigote.

—Parece que dice la verdad. Pero tengo otra pregunta. Si crees que el rubí está dentro de Octavio, ¿por qué no lo buscas? ¿Por qué habéis venido a la casa?

Eso era más difícil de explicar. En realidad Jupe había tenido una corazonada en cuanto a la necesidad de inspeccionar la casa en

que viviera el tío de Gus. Pero vino a ella sin una idea preconcebida.

—Al desconocer dónde está Octavio, decidí explorar la casa. Podía estar equivocado, y tal vez el señor Agosto no ocultara el rubí en Octavio.

—No, yo creo que lo hizo —murmuró Joe—. Como lo has explicado, concuerda. El mensaje era una pista falsa que señalaba hacia el primer Augusto. Pero quien supiese algo de la historia, buscaría a Octavio. Y el viejo debió de suponer que su sobrino comprendería. Tendremos que hallar a toda prisa el busto de Octavio; antes de que lo encuentre otra persona.

—¿Y cómo vamos a conseguirlo? —preguntó Charlie—. Cualquiera de Los Ángeles puede tenerlo.

—Éste es un problema —convino su compañero, que miró a Júpiter—. Pero no es nuestro problema, sino de «Gordito». Tal vez quiera verse libre de la mecedora. Y en este caso tendrá que pensar en dónde podemos encontrar a Octavio. Bien, chico, ¿qué dices?

Júpiter estuvo a punto de hablarles de la Transmisión de Fantasma a Fantasma; pero ése era su último recurso.

—No tengo idea de dónde se halla Octavio —dijo, en tono humilde—. De haberlo sabido, habría intentado que me lo devolvieran.

—Entonces será mejor que empieces a tener nuevas ideas —amenazó Charlie—. Quienes te conocen te consideran un pozo inagotable de recursos. Así que pon en marcha tu cabeza. Podemos esperar todo el día de ser necesario. Y quizá toda la noche también. Si quieres abandonar esa mecedora y sacar a tus compañeros del sótano, ¡expón una buena idea!

Júpiter carecía de una respuesta, buena o mala. Empero se le ocurrió que Bob adivinaría dónde se hallaban ellos, y si no regresaban acudiría con Hans y quizá con el señor Jones y Konrad. Más pronto o más tarde, Bob lo rescataría. Claro que transcurriría mucho tiempo, ya que Bob tenía instrucciones de permanecer junto al teléfono.

Júpiter decidió esperar. Quizá Bob…

En aquel momento apareció el señor Jackson en el umbral de la cocina.

—Perdón —dijo nerviosísimo—. Creo que sus amigos intentan

ponerse en contacto con ustedes a través de la radio. Oí una voz llamando a Joe.

El aludido exclamó:

—¡El transmisor! Charlie, ve a buscarlo. Debe ser Hugo. Quizás hay acción en el otro lado.

Charlie se fue a la habitación de Júpiter; apenas tuvo tiempo de extrañarse cómo Hugo podía llamarlos, si Tres Puntos lo había liquidado con su estoque. Charlie regresó con un transmisor de radio portátil grande, mucho más potente que los pequeños aparatos que Jupe había construido para los Tres Investigadores. Aquel transmisor precisaba licencia de uso, si bien Charlie y Joe no se habían preocupado de ese detalle.

—Es Hugo —confirmó Charlie, presionando el botón del radiotransmisor.

—Hugo —dijo—. Soy Charlie. ¿Me oyes? Adelante, escucho.

Soltó el botón y se oyó un zumbido. Entonces captaron una voz débil debido a la distancia.

—¡Charlie! ¿Dónde has estado? Hace diez minutos que te llamo.

—¿Qué pasa?

—El chico rubio, el más pequeño, acaba de abandonar la chatarrería en uno de los camiones, con un ayudante. Van hacia Hollywood. Los seguimos.

El corazón de Júpiter saltó alborozado. Bob había decidido buscarlos. En un momento Konrad o Hans y él llegarían y entonces…

Pero sus esperanzas murieron al oír la siguiente pregunta y respuesta:

—¿Vienen hacia aquí?

—No. Se encaminan a la ciudad. No saben que los seguimos…

—Observa dónde van —instruyó Charlie—. Eso puede ser una oportunidad —miró a Joe—. ¿Hay algo que quieras decir a Hugo? —preguntó.

—¡Sí! Apuesto que ese chico va detrás de Octavio. De algún modo ha conseguido una pista, y se dispone a recuperar el busto. Di a Hugo que si recogen un busto de yeso se lo roben como sea.

Charlie transmitió el mensaje.

—Bueno, eso marcha, Joe, te felicito por la idea de comprar los transmisores. Ahora, chico… —Acercó su rostro con fea mueca a

Júpiter—. Todos esperaremos hasta saber qué sucede.

Capítulo 13

Bob halla la pista

Bob, cansado de esperar el regreso de sus amigos, y espoleado por la advertencia del «fantasma», en cuanto a que se apresurasen si querían el busto de Octavio, decidió actuar por su cuenta. Ya era media mañana, y tal vez Júpiter y Pete investigaron otra pista. En tal caso, toda espera sólo serviría para acentuar la posibilidad de perder la recuperación del busto de Octavio.

Obtuvo permiso de la señora Jones para usar el camión pequeño conducido por Hans. También solicitó un anticipo de cinco dólares a cuenta de futuros trabajos a realizar en la chatarrería. Finalmente explicó que una cliente no parecía satisfecha con el busto que había comprado, pero que tal vez lo cambiaría por otro. Tía Mathilda le permitió que se llevara el de Francis Bacon.

Hans acomodó el busto en la caja del camión, sobre una lona. Bob cargó una fuerte caja de cartón y muchos periódicos para envolver el valioso Octavio, si lo conseguían.

Precisaron de cuarenta y cinco minutos para llegar a las afueras de Hollywood, a través de carreteras bien pavimentadas que unían barrios residenciales. Pero el mucho tráfico les privó de advertir que eran seguidos por un sedán azul marino, ocupado por dos hombres que usaban gafas de concha y enorme bigote negro.

Hans aminoró la marcha y Bob empezó a leer los números de las casas.

—¡Aquí están! —gritó—. Deténgase aquí, Hans.

—Tú mandas, chaval.

Hans frenó el vehículo y Bob saltó a tierra. El sedán se detuvo detrás de ellos, y sus ocupantes observaron lo que hacían.

Hans bajó de la cabina y cogió el busto de Francis Bacon, y llevándolo debajo del brazo siguió a Bob hasta la puerta del jardín.

El timbrazo de Bob fue contestado por una linda niña pecosa.



—¡Tú eres uno de los Tres Investigadores! —exclamó, halagando a Bob el tono de admiración que había en su voz—. Y quieres a Octavio, por alguna razón importante y secreta, ¿verdad? Entra. Me ha costado mucho trabajo evitar que mi madre se desprendiera de él. Pero dije que estaba hecho de un yeso radiactivo, y que vosotros erais agentes de seguridad que vendríais a recogerlo para evitar daños.

El torrente de precipitadas palabras apenas pudo ser entendido por Bob. Empero Hans parpadeó aturdido. La niña los condujo hacia una placita enladrillada con una linda fuente en su centro. El corazón de Bob dio un salto. En un ángulo estaba el busto de Octavio, con aspecto de bobo a la sombra de un rosal frondoso.

Una esbelta mujer que podaba el rosal, se volvió. Antes de que dijese nada, la niña los presentó.

—Mamá, son los Tres Investigadores de que te hablé. Por lo menos éste es uno de ellos y éste su ayudante. Vienen a llevarse a Octavio y aliviarte de la angustia de guardar un peligroso busto de yeso.

—No te preocupes, Liz —la señora se sonrió—. Vives en un mundo lleno de espías misteriosos y criminales siniestros —miró a Bob—. No creo una palabra de cuanto me dijo relativo a que Octavio es radiactivo, pero no resalta en el jardín y pensé en regalarlo. Les aguardé porque Liz me dijo que era muy importante para ustedes el recuperarlo.

—Muchas gracias, señora —dijo Bob—. Le vendieron por error el busto de Octavio, pero si le gusta tener uno, hemos traído el de Francis Bacon.

—No, gracias. Al principio lo creí una buena idea, pero he comprobado que no hace bonito un busto de yeso en el jardín.

—Entonces le devolveremos el dinero.

Bob le entregó cinco dólares.

—Me parece muy noble vuestro gesto. Puedes llevarte a Octavio. En realidad prefiero un jarrón italiano como adorno para el jardín.

—¿Puede trasladarlos juntos, Hans? —preguntó Bob.

—Tengo dos manos y puedo llevar dos bustos con la misma facilidad que me comería un pastel.

Cogió el busto de Octavio y lo colocó debajo de su brazo izquierdo.

—¿Y ahora qué, Bob? —preguntó Hans.

—Los embalaremos en la caja.

—¿Se van a ir ahora mismo? —preguntó Liz—. Es la primera vez que hablo con un investigador auténtico, y hay millones de cosas que me gustaría saber.

—Bien… —Bob vaciló. Le divertía la charla de Liz. Además, si le gustaban los misterios e investigaciones…—. Adelántese y acondicione los bustos, Hans —dijo—. Ahora voy. Esmérese en el trabajo.

—No faltaría más, Bob.

Hans se alejó campechano con ambos bustos. Bob se quedó a conversar… o más bien a escuchar, pues Liz disparaba sus preguntas sin esperar las respuestas.

Hans colocó cuidadosamente los dos bustos en la caja del camión y empezó un concienzudo trabajo de embalaje, como Bob le había encomendado. Cada movimiento que hacía era vigilado por los hombres del sedán. Hugo transmitía sin cesar a sus cómplices a través del radiotransmisor.

—El hombre guarda ahora el busto —dijo tensamente por la radio—. Tiene que ser el de Octavio. El chico está dentro. Acaba de atar la caja, y espera a que salga el muchacho.

Sujeto a la mecedora, Júpiter escuchaba la conversación radiada. De repente, Joe gritó una orden:

—Sacad esa caja del camión. ¡Esperad, tengo una idea! Fingid un accidente. Que Hugo camine por delante del camión cuando éste se ponga en marcha y que finja haber sido atropellado. ¿Oyes, Hugo? Grita mucho. Así, el hombre y el chico saltarán para comprobar el daño que te han hecho y…

—Calla —interrumpió Hugo—. No será necesario. El ayudante vuelve al jardín y deja solo el camión; Frank y yo operamos ahora.

La radio dejó de transmitir. Júpiter sintióse impotente. ¡Bob había recuperado a Octavio e iban a perder el busto otra vez!

Liz y Bob hablaban, o por lo menos hablaba Liz y Bob contestaba cuando ella se lo permitía, cuando apareció Hans.

—Bueno, ¿y no necesitáis una chica investigadora? —preguntó ansiosa Liz—. Hay ocasiones en que una chica sirve de gran ayuda. Podrías telefonearme. Como actriz soy fantástica. Sé maquillarme y disfrazarme, y sé cambiar de voz…

—Perdona, Bob —dijo Hans—. Te recuerdo que la señora Mathilda nos recomendó volver lo antes posible.

—Por supuesto, Hans —exclamó Bob—. Lo siento, Liz. Tengo que irme. Quizá necesitemos una chica en alguna ocasión. Si llega el caso, te avisaré.

—Aquí tienes mi número de teléfono —Liz lo escribió en una tarjeta mientras caminaba—. Toma. Liz Morgan es mi nombre. ¡Caracoles, apenas puedo contener mis ansias de participar en una investigación!

Bob cogió la tarjeta y subió al camión junto a Hans. Ninguno de los dos se fijó en el sedán azul que pasaba por delante de ellos. Bob pensaba en que Liz parecía despierta y que serviría como ayudante en determinados trabajos. Claro que Júpiter nunca tenía empleos para las chicas. No obstante, de surgir la ocasión, él sugeriría avisar a Liz Morgan.

La niña agitó su mano y Bob le correspondió. El camión se puso en marcha de regreso a la chatarrería, ignorantes ellos de que habían perdido a Octavio casi al mismo tiempo que lo habían recuperado.

Empero Júpiter sí lo supo. La radio empezó a transmitir. Era Hugo.

—¡Lo conseguimos! —gritó—. El hombre entró en el jardín y Frank y yo cogimos la caja del camión tan pronto desapareció de nuestra vista. No creo que se hayan enterado.

—¡Excelente trabajo! —respondió Joe—. Llevadlo al escondite y no lo abráis hasta que lleguemos nosotros. Corto y fuera.

El radiotransmisor quedó silencioso. Joe sonrió torcidamente a Júpiter Jones.

—Bueno, chico, creo que está logrado. Hemos conseguido la piedra, y no necesitamos interrogarte más. Empero, como medida de seguridad, os dejaremos a los tres aquí, hasta que hayamos recuperado la piedra y destruido nuestras pistas. No te preocupes, telefonearemos a vuestro amigo, que vendrá a liberaros… Aunque tal vez no sea posible hasta después de anochecido.

Los dos hombres, seguidos del señor Jackson, se dirigieron a la puerta de la cocina. El último miró a Júpiter, como si lamentase no poderle prestar ayuda. Segundos después se oyó el ruido de un coche, que se alejaba de la casa.

Júpiter gritó:

—¡Pete! ¡Gus! ¿Me oís?

—¿Eres tú, Jupe? —La voz amortiguada de Pete llegó del sótano—. ¿Qué ocurre? ¿No puedes sacarnos de aquí? ¡Las pilas de la linterna se agotan!

—Lo siento, segundo —gritó Jupe—. Yo mismo estoy en un apuro. Me hallo más envuelto que una momia. La banda de Bigote Negro tiene a Octavio, y somos sus prisioneros.

Capítulo 14

Descubrimiento alarmante

Júpiter, fuertemente atado a la mecedora, reflexionaba. En las novelas, cuando alguien está atado, siempre halla un medio para romper las ligaduras. Empero Júpiter carecía de un viejo cuchillo o trozos de cristales oportunamente dispuestos para segar las cuerdas. Claro que la navaja suiza serviría a las mil maravillas. El inconveniente era que estaba en el alféizar de la ventana, y no podía alcanzarla.

El primer investigador trató de imaginarse algún medio que le facilitase la libertad. No es que temiese morir por falta de alimentos, puesto que más tarde o más temprano llegaría el tan deseado socorro; lo malo era que podía retrasarse demasiado.

Oyó golpes en el sótano. Pete y Gus se lanzaban una y otra vez contra la puerta cerrada.

—¡Eh, Jupe! ¿Me oyes?

—Muy claramente, segundo. ¿Os acompaña el éxito?

—Esta puerta es muy fuerte. Cuanto hemos conseguido es magullarnos los hombros. Aquí, la oscuridad resulta sobrecogedora.

—Paciencia, segundo, trato de hallar algún modo de escapar.

—Conforme, primero. ¡Te suplico que pienses aprisa! Creo que hay ratas aquí abajo.

Júpiter se mordió el labio para estimular su proceso mental. Se retorció impaciente y la mecedora emitió sonidos quejumbrosos. Por la ventana de la cocina observó cómo transcurría el tiempo. El sol le servía de reloj. El alto y agudo pico del cañón proyectaba su sombra sobre el prado, y podía advertirse cómo ésta crecía a medida que el sol se alejaba hacia el Oeste.

Júpiter volvió a esforzarse para dislocar sus ligaduras, pero la mecedora gimió una vez más, sin resultado positivo.

De repente pareció como si una bombilla eléctrica se encendiera en su cerebro. Recordó que en cierta ocasión se había sentado en una vieja mecedora, y al balancearse, su peso la convirtió en un montón de astillas.

No lo dudó un segundo. Empezó a mecerse con tanta violencia como pudo. La parte trasera del asiento acusó la fuerte presión y los brazos se movieron. Empero no se consumó la rotura. Deliberadamente se lanzó de lado y cayó de golpe en el piso. La combada madera de sustentación, a que estaba ligada su pierna derecha, cedió al fin.

Júpiter dio patadas al aire hasta que la madera se salió de las cuerdas, dejándole libre una pierna. ¡Una pierna libre! No dudó en emplearla para golpear de tacón las partes más vulnerables. Luego se dio media vuelta, de modo que todo su peso gravitase sobre los brazos de la mecedora.

Ahora sí que obtuvo un resultado positivo. Un lado se soltó del respaldo.

Ya podía intentar mover el brazo derecho. Mientras golpeaba una y otra vez en el suelo, la voz de Pete llegó del sótano.

—¡Jupe!, ¿qué te ocurre? ¿Te peleas con alguien?

—Me peleo con una mecedora —jadeó Pete—. Y creo que logré vencerla. Concédeme un par de minutos más.

Tras denodado esfuerzo, consiguió desarticular el mueble. Respaldo, asiento, brazos y patas, cedían. Sólo que no había modo de separarlos de su cuerpo. Al fin se arrastró hasta la ventana, cogió su navaja, la abrió y su brazo derecho se movió lo suficiente para cortar las ligaduras de su otro brazo. Un minuto después se ponía en pie, liberado totalmente de las ligaduras.

Con una gran sensación de triunfo estiró sus doloridos músculos.

—¡Conforme, segundo! ¡Voy a por vosotros! —gritó.

La escalera de la cocina conducía al sótano. Abrió la puerta. Pete y Gus parpadearon cuando salieron a la luz del día.

—¡Retruenos! —dijo Pete—. Celebro verte, Júpiter. ¿Cómo lograste soltarte?

—Un mero triunfo de la inteligencia sobre la materia —explicó Jupe, con la mayor pomposidad—. Ahora es mejor que salgamos de

aquí. No creo que Joe y su amigo regresen, aunque no me sorprendería. Hay que volver rápidamente al Patio Salvaje. Bob recuperó el busto de Octavio y…

—¿De veras? ¡Formidable! —exclamó Pete.

—Eso sí que son buenas noticias —coreó Gus.

—Pero la banda de Bigote Negro se lo ha quitado —añadió Júpiter—. Os lo contaré todo mientras regresamos.

Salieron de la casa y buscaron sus bicicletas. Segundos después pedaleaban de regreso a Rocky Beach. Júpiter explicó lo sucedido mientras ellos estaban encerrados en la bodega. Bob había recuperado a Octavio, pero la banda de Bigote Negro se lo había arrebatado.

—¡Cáspita! Tenerlo en las propias manos y perderlo otra vez —se lamentó Pete—. Ese busto parece encantado.

—Espero que no sea la mala suerte que siempre acompaña al Ojo de Fuego —comentó Gus.

—En tal caso atizaría a los bigotes negros, no a nosotros —se quejó Júpiter—. Lo que más me intriga es Hugo. Por su voz diría que goza de buena salud, pese a que Tres Puntos lo convirtiese en funda para su estoque. Y no me parece normal que disfrute de buena salud.

—Es un acertijo —convino Pete—. Empero lo que a mí me preocupa es saber cómo vamos a poner de nuevo nuestras manos sobre Octavio. Gus, me temo que tu herencia se ha evaporado.

Preocupados, arreciaron el pedaleo entre el creciente tráfico. A ellos les pareció un tiempo interminable el que emplearon para llegar al Patio Salvaje. El sol se ponía y llevaban todo el día sin comer. Se sintieron rabiosamente hambrientos cuando alcanzaron la verja de la chatarrería.

Vieron a Bob, Hans y Konrad. Los dos corpulentos ayudantes trabajaban en un apartado rincón del patio. El camión pequeño se hallaba junto a la oficina. Bob, distraído, pintaba muebles de jardín a los que previamente había frotado la herrumbre.

—Bob parece muy desanimado —comentó Pete, mientras se acercaban—. Se siente muy desgraciado por haber perdido a Octavio.

—Todos lo sentimos —respondió Júpiter—. Procuraremos alegrar el ambiente. Dejadme hablar con él.

Al acercarse, Bob alzó la vista e intentó sonreír.

—Hola, me preguntaba dónde estaríais.

—Fuimos a visitar la casa del tío abuelo de Gus —dijo Júpiter, mientras guardaban las bicicletas—. Pero no encontramos el Ojo de Fuego. ¿Ha habido nuevas por acá?

—Bueno… —vaciló Bob, que odiaba referir lo sucedido.

—No me digas. Trataré de sacar conclusiones. Mírame a los ojos, Bob. Eso mismo. No parpadees. Déjame ver en tus ojos lo que no deseas decirme.

Pete y Gus observaron divertidos a Júpiter, que muy serio, miró a las pupilas de Bob y luego se llevó los dedos a la frente como si pensase.

—¡Ya tengo una visión del cuadro! Recibiste una llamada telefónica de uno de los «fantasmas». Octavio había sido localizado. Fuisteis a… déjame ver… sí, a Hollywood con el camión pequeño conducido por Hans. ¡Acierto!

—¡Eso es lo que sucedió! —exclamó Bob, con ojos muy abiertos. Júpiter había realizado sorprendentes deducciones, pero ésta acababa de superar lo anterior—. Luego…

—No, no sigas —ordenó Jupe—. Entraste en una casa, Hans te acompañó: Llevaba un busto para cambiarlo por Octavio, de ser necesario. Luego, Hans regresó al camión con dos bustos. Habíais recuperado el de Octavio. Hans lo colocó en una caja y lo envolvió muy bien. Entró de nuevo a recogerte. Minutos después os marchasteis para regresar aquí, donde hallasteis que la caja de Octavio había desaparecido misteriosamente, se había evaporado en el aire. ¿Correcto?

—¡Eso es lo que sucedió! —Bob miraba con la boca abierta a su jefe—. La caja desapareció. No pudo caerse. Y sin embargo…

Hans se acercó a ellos con un busto debajo del brazo.

—¿Qué hago con esto, Bob? —preguntó—. Ya es hora de que encierre el camión.

—En el banco —contestó Bob, que se volvió a Júpiter—. Es Francis Bacon. Me lo llevé para cambiarlo por el de Octavio. Pero su propietario se decidió por los cinco dólares que había pagado.

Hans dejó mal colocado el busto sobre el banco y se alejó. Pete, conocedor de cuánto gustaba a la señora Jones que se guardase el orden, se acercó a rectificar su posición.

—Jupe —preguntó Bob—. ¿Cómo supiste lo de Octavio?

El grito de Pete atrajo la atención de todos.

—¡Venid acá! ¡Venid acá y decidme si lo que veo es cierto!

Se acercaron y miraron lo que señalaba con su dedo. Leyeron la inscripción en la base del busto: Octavio.

—¡Octavio! —exclamó Gus—. ¡La banda de Bigote Negro no lo consiguió!

—¡Hans embaló el busto de Bacon! —estalló Bob—. Eso es lo que sucedió. Llevaba los dos bajo los brazos, y cuando llegó al camión guardó el de Francis Bacon por error. No me molesté en comprobarlo, pues me sentí muy deprimido al descubrir que faltaba la caja. ¡Y teníamos a Octavio aquí!

Todos miraron hacia la calle. Tres Puntos o la banda de Bigote Negro podían entrar por la verja en cualquier momento. Empero no advirtieron nada anormal.

Júpiter parecía sorprendido, si bien no tardó en reaccionar.

—Llevaremos a Octavio al taller y lo abriremos. Luego ocultaremos el Ojo de Fuego y nadie podrá encontrarlo. ¡No quiero más riesgos!

Pete, que era el más fuerte de los cuatro, llevó el busto al taller, donde Júpiter cogió un cincel y un martillo.

—Mirad —dijo éste, tocando la parte superior del busto—. Alguien horadó esta parte, puso algo, y lo rellenó de escayola. La marca apenas se ve, pero existe. ¡Al fin habremos encontrado el Ojo de Fuego!

—Menos charla y más acción —apremió Pete—. Dale de una vez y veamos qué hay.

Júpiter colocó el cincel en la parte superior y golpeó con el martillo. El busto se partió en dos, y una diminuta caja redonda cayó al suelo. Pete la recogió, entregándosela al primer investigador.

—¡Ábrela, Jupe! Veamos ese rubí oculto durante cincuenta años. ¿A qué esperas? ¿Te asusta la maldición?

—No —respondió lentamente el primer investigador—. La caja no parece lo suficiente pesada. Empero…

Alzó la tapa. Sin embargo, no refulgió ninguna piedra de fuego. Sólo vieron un trocito de papel enrollado. Júpiter lo aplanó. Hallaron escritas siete palabras. Decían:

Ten cuidado, pues el tiempo es primordial.



Capítulo 15

Resolviendo el mensaje

Bob tuvo dificultades en dormirse aquella noche. Los acontecimientos del día anterior habían sido excitantes y peligrosos. Y como remate, hallaron un trocito de papel en el busto de Octavio. ¡Demasiadas emociones para un solo día!

Júpiter se había quedado mirando el papel, evidentemente desilusionado. Creyó con seguridad que encontrarían el Ojo de Fuego, y él odiaba equivocarse. Luego leyó en voz alta: «Ten cuidado, pues el tiempo es primordial».

—Repite una frase del mensaje original —comentó Pete.

—Me temo que no profundizamos en el estudio de su significado —habló Júpiter—. Al menos no lo suficiente para resolver el acertijo. El señor Agosto se valió de los bustos para engañar a cualquier persona que leyese el mensaje y empezara a buscar el rubí. Por otra parte, estuvo seguro de que Gus lo entendería.

—Y el caso es que no lo entiendo —se quejó Gus, arrugando el entrecejo—. Estoy totalmente desconcertado. Mi tío Horacio debió pensar en que mi padre me ayudaría a descifrar el mensaje. Y así hubiera sido, de habernos alcanzado el dinero para los dos. Además, tenía que cuidar los negocios.

—Leámoslo otra vez —sugirió Júpiter.

Gus se sacó la carta de un bolsillo. Jupe la extendió y leyeron.

A mi sobrino nieto Augusto Agosto:

Augusto es tu nombre, Augusto tu fama y Augusto tu fortuna. No permitas que las dificultades sean montañas insalvables. Tu nacimiento encierra un principio y un fin.

Mis palabras sólo tienen significado para ti. No me atrevo a expresarme con más claridad por temor a que otros comprendan lo que sólo tú has de averiguar.

Pagué su valor, y soy su propietario. Empero me asusta su maleficio.

Han transcurrido cincuenta años, y después de medio siglo quizá ya no sea maléfico. Sin embargo, no puede ser robado. Su propiedad se adquiere por compra, hallazgo o regalo.

Ten cuidado, pues el tiempo es primordial. Heredas esto y mi amor fraterno.

Horacio Agosto

—Sigo a oscuras —comentó Pete, frunciendo el ceño.

—Confieso que no lo entiendo mejor que antes —se quejó Gus —. «Augusto es tu fortuna». Pero si no está en los bustos de cualquiera de ellos, ¿qué significa? Mañana es mi cumpleaños. Nací a las dos y media del 6 de agosto, según mi padre. Pero ¿qué relación tiene eso con mi fortuna?

Júpiter se presionó el labio. Pero su mente se negó a trabajar.

—Será mejor que vayamos a la cama —propuso—. Antes dejadme que vea otra vez esos pedazos.

Pete le entregó los dos trozos del busto. Júpiter examinó atentamente el agujero en la cabeza donde había estado oculta la cajita.

—Es evidente que el señor Agosto hizo un hoyo en el busto y luego lo rellenó de yeso. Mi teoría es que del agujero sacó el Ojo del Fuego para ocultarlo en otro sitio.

Sus amigos escucharon en silencio. Nada podían añadir a lo dicho por Júpiter.

—Bien —siguió el primer investigador—. Me parece que ya es hora de cenar. Acabo de enterarme que estoy hambriento. Quizás un nuevo día me depare nuevas ideas.

Bob los había dejado para regresar a su casa, donde sentóse a la mesa del comedor, a fin de recopilar en sus notas los acontecimientos del día, antes de que se le olvidasen. Escribía sobre el viaje de Júpiter, Gus y Pete a la vieja mansión del señor Agosto cuando se le ocurrió que el nombre de Cañón Esfera resultaba muy

original. Empero un nombre puede no significar nada. Aun así…

—Papá, ¿oíste hablar alguna vez del Cañón Esfera, al norte de Hollywood? —preguntó—. Parece un nombre muy raro.

Su padre dejó el libro que leía.

—¿Cañón Esfera? —repitió—. Algo recuerdo, si bien no estoy muy seguro. Deja que lo consulte.

De una estantería cogió un grueso volumen con mapas de toda la zona.

—Cañón Esfera… Cañón Esfera… —repetía girando las páginas —. Veamos… sí, aquí está. «Una pequeña garganta de difícil acceso situada al norte de Hollywood. Antes se le conocía por Esfera del Reloj, debido a cierto ángulo del pico, que parece el gnomon de una esfera de reloj». Un gnomon es la parte alta del reloj que proyecta sombra sobre su propia esfera. A eso se debe el nombre de Cañón Esfera.

—Gracias, papá.

Bob hizo unos apuntes más, y luego pensó en si debía comunicar a Júpiter lo dicho por su padre. Aparentemente carecía de importancia, si bien nunca se sabía lo que podía ser importante para Jupe. Al fin se decidió, y fue su propio amigo quien respondió a la llamada. Le transmitió sus noticias, y durante un momento hubo silencio al otro extremo. Luego oyó que Júpiter carraspeaba.

—Bob —dijo el primer Investigador con reprimida excitación—. ¡Ésa es la pista!

—¿Qué pista? —preguntó Bob.

—La pista que necesitaba. Oye, te toca trabajar en la biblioteca mañana por la mañana, ¿no es así? Muy bien, pero procura llegar aquí a la una. Para entonces lo tendré todo a punto.

—¿Todo a punto para qué?

Pero Júpiter ya había colgado. Bob volvió a sus notas con el ceño fruncido. Si aquello era una pista, a él nada le decía.

Se fue intrigado a la cama. Por la mañana trabajó distraído en la biblioteca, intentando imaginar qué tenía en la mente Júpiter. Empero no lo consiguió. No lo supo hasta que llegó a Patio Salvaje. Allí encontró a Jupe, Gus y Pete esperándole. El camión pequeño se hallaba a punto de partir con Hans y Konrad en el asiento delantero. En la caja había un par de palas y lonas viejas que formaban asientos para los muchachos. Júpiter llevaba su cámara.

—¿Dónde vamos? —preguntó Bob mientras el camión saltaba alejándose de la chatarrería.

—Yo también deseo saberlo —dijo Pete—. Te pones demasiado misterioso, Jupe. Creo que tenemos derecho a conocer tus planes. Para algo somos tus socios.

—Vamos a interpretar el mensaje que el señor Horacio Agosto dejó para Gus —anunció Júpiter, muy satisfecho de sí mismo—. Hans y Konrad son nuestros guardaespaldas. Nadie se atreverá a atacarnos con ellos a la vista.

—Muy bien. Muy bien —gimió Pete—. ¿Qué importan las palabras? ¡Dinos qué te propones!

—Bob me dio la pista al decirme que el Cañón Esfera se llamaba antes Esfera del Reloj. En realidad debí averiguarlo yo mismo, pues estuve sentado allí, atado a una mecedora en la cocina, y vi la sombra del pico que se movía por el prado en forma de esfera de reloj.

»Gus, tu pariente supuso que advertirías este detalle, al conocer su afición por los distintos modos de obtener la hora. Creyó que tú o tu padre relacionarías el nombre de cañón y el mensaje, clave secreta que ninguna otra persona ignorante de su afición descubriría.

—Continúo sin entenderlo —declaró Gus.

—¡Un momento! —gritó excitado Bob—. La sombra de un pico sobre el prado marca el lugar donde el rubí está enterrado, y Gus tiene que buscar allí. ¿Es ésa la respuesta?

—Exacto, tercero —afirmó Júpiter.

—Pero es un prado muy grande —intervino Pete—. ¿Cómo sabremos el lugar correcto?

—El mensaje nos lo dice —contestó Jupe—. Volvámoslo a repasar. ¿Me lo dejas, Gus? Gracias.

Extendió el papel y leyó, mientras el camión daba saltos.

—«Augusto es tu nombre, Augusto tu fama y Augusto tu fortuna». Con esto llama la atención a Gus, a la vez que sirve de misterio para los extraños. «No permitas que las dificultades sean montañas insalvables. Tu nacimiento encierra un principio y un fin».

»La frase induce a pensar una cosa, y dice otra. El señor Horacio supuso que Gus relacionaría la montaña con el pico del Cañón

Esfera, y el principio y fin de su nacimiento con la sombra de la montaña en la hora exacta de venir al mundo. Es decir, el 6 de agosto a las dos y media de la tarde. ¿Correcto, Gus?

—Así es. Empiezo a comprender, Júpiter. Augusto, montaña, nacimiento, todo cobra significado cuando uno sabe que se habla de una esfera de reloj gigantesca.

—El resto del mensaje es bien cierto —siguió Júpiter—. «Ten cuidado» es un toque de atención que antecede a la siguiente frase, aun cuando sirve para confundir a los extraños. «Pues el tiempo es primordial», significa dos cosas: la necesidad de encontrar el rubí, y la exactitud del momento.

—Y eso se cumple hoy, a las dos y media. ¡Apenas disponemos de una hora! —exclamó Pete.

—Lo conseguiremos. Sólo faltan unos kilómetros —respondió Júpiter.

Pete observó la carretera tras ellos. Ningún otro vehículo los seguía.

—Parece que nos dejan tranquilos —comentó.

—Estoy seguro que esta vez estamos sobre la pista verdadera —habló Júpiter—. Con Hans y Konrad a nuestro, lado, no habrá dificultades.

Al fin entraron en la estrecha carretera del Cañón Esfera, que desemboca en una planicie donde había sido construida la casa. Hans detuvo el vehículo.

—¿Qué hacemos ahora, Júpiter? Hay obstáculos delante de nosotros.

Los chicos se pusieron en pie y miraron desalentados la presencia de varios camiones, una explanadora y una gigantesca pala.

En aquel preciso momento, las enormes mandíbulas de la pala destruían la casa de Horacio Agosto. La mayor parte del tejado estaba ya derruido, pues la pala cogía grandes bocados de la estructura y depositaba los escombros en el camión que aguardaba. La explanadora allanaba el terreno detrás de la casa, llevándose árboles y restos del jardín con la mayor facilidad.

—¡Los derribadores! —exclamó Pete—. El señor Dwiggins nos advirtió que la casa iba a ser demolida para construir nuevos edificios.

—¡Y están nivelando el suelo! —gimió Bob—. Puede que hayan desenterrado el Ojo de Fuego.

—No lo creo —dijo Gus, fruncido el entrecejo—. Mirad, la sombra de la montaña está sobre el prado, lejos de aquí.

Un camión lleno de cascotes se paró delante de ellos.

—¡Apártense! —gritó el chófer—. Tengo que pasar.

Hans se arrimó al borde de la carretera y el otro vehículo pasó raudo. Ya otro camión recibía los escombros de la casa.

—Conduzca hasta aquel espacio abierto —gritó Júpiter a Hans —. Deténgase allí. Si alguien formula preguntas, responderé yo.

—Conforme, Jupe —aceptó Hans, que aparcó doscientos metros más adelante.

Los chicos descendieron del camión a observar los trabajos que se realizaban. Un hombre bajo y fornido, con un casco de seguridad, se acercó a ellos.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó inamistoso—. Nos desagradan los mirones.

Bob y Pete no supieron qué decir, pero Júpiter tuvo pronta una respuesta.

—Mi tío compró todos los muebles viejos de esta casa y nos mandó a comprobar si se dejó olvidado alguno.

—No queda nada en la casa. Ahora es un montón de ruinas. Así que pueden marchar.

—¿Ni siquiera nos permite unos minutos de observación? —preguntó Júpiter—. Nuestro amigo —señaló a Gus—, es de Inglaterra y desconoce los métodos de trabajo americanos.

—¡Dije que fuera! —Gruñó el hombre—. Esto no es un circo. Si sufrierais un accidente, el seguro no os cubre.

—Sólo… —Júpiter consultó rápidamente su reloj. Eran las dos y cuarto—. Quince minutos —suplicó—. Nos quedaremos aquí, sin estorbar.

Pero el hombre, sin duda el capataz, no estaba de buen humor.

—¡Largaos de una vez!

Los chicos miraron la sombra del pico sobre el prado.

En quince minutos indicaría el lugar donde el Ojo de Fuego estaba oculto.

—Sí, señor, nos iremos. Espero no le importe que haga una fotografía de la casa.

Sin esperar respuesta, se dirigió a la raya de la sombra sobre el prado, ajustando su cámara mientras caminaba. El capataz se enfureció, si bien terminó por pensar que no valía la pena enfadarse. Júpiter se detuvo a un metro de la sombra, de cara a la casa, e hizo la fotografía. Luego se entretuvo en atarse el cordón del zapato, antes de volver a zancadas largas.

—Gracias, señor —dijo—. Nos vamos ahora.

—¡Y no vuelvas! —gritó el hombre—. Mañana explanaremos todo esto, y dentro de tres meses aquí se alzarán seis nuevas casas construidas alrededor de una piscina. Si quieres volver, podrás adquirir una de las casas —y se rió.

Júpiter subió al camión, y los otros lo siguieron malhumorados. Hans puso en marcha el motor y se alejaron. Pete suspiró.

—Mala cosa —dijo—, ser expulsados en el preciso momento en que íbamos a poner las manos sobre la herencia de Gus. Y mañana aplanarán el prado. Estamos listos.

—Todavía no —respondió Júpiter, con los labios apretados—. Volveremos esta noche cuando haya oscurecido.

—¿A oscuras? —preguntó Bob—. ¿Cómo hallaremos el lugar correcto en la oscuridad? El pico no lanzará su sombra entonces.

—Preguntaremos a las águilas —contestó Júpiter con aire misterioso.

Con esta respuesta rehusó decir nada más.

Capítulo 16

Intrusos no bienvenidos

El tiempo se arrastró cual pequeño caracol el resto de la tarde. Para compensar las horas perdidas por Hans y Konrad en sus obligaciones, Pete, Bob y Gus pintaron un lote de sillas de jardín, de modo que parecieran nuevas, para la venta.

Júpiter se pasó la tarde en el taller, trabajando en alguno de sus inventos. No dijo de qué se trataba, pero sus amigos supusieron que sería algo relacionado con la búsqueda del Ojo de Fuego, prevista para aquella noche.

Terminada la jornada laboral, todos cenaron en casa de Júpiter. Después, Hans aparcó el camión pequeño en un lugar situado a varios bloques de distancia de la chatarrería, y esperó allí.

—Ahora —dijo Júpiter—. Depende de nosotros el preparar una pista falsa en caso de que alguien nos vigile. He pedido por teléfono que Worthington venga con el «Rolls» en cuanto anochezca. Tenemos que estar preparados para entonces.

—¿Vas a utilizar el «Rolls» por última vez? —preguntó Pete—. En lo sucesivo tendremos que ir a pie. ¡Caramba, eso no me seduce!

—Dispondremos de las «bicis» o del camión, según nos convenga —señaló Bob.

—Insuficiente —gruñó Pete—. Tal vez cuando necesitemos el camión para un caso, no esté disponible. La señora Jones empieza a cansarse de que lo empleemos. Estamos acabados como investigadores.

—Lo solucionaremos sobre la marcha —comentó Júpiter—; si bien no será fácil.

A Gus le fascinaba el «Rolls-Royce» y cómo Júpiter había ganado

el derecho de uso.

—Ahora sí que habrá finalizado el período —suspiró Pete, luego de explicar los detalles a Gus—. Jupe estaba en la creencia de que tendría coche para tiempo; sin embargo, el señor Gelbert, de la compañía de automóviles
Rent'n-Ride
opinó de modo muy distinto. En fin, una vez más y habremos acabado.

—¡Qué lástima! —respondió Gus—. Ahora que he visto cuan inmensa es California, comprendo hasta qué punto necesitáis un automóvil para recorrerla.

—Ya buscaremos una solución —dijo Júpiter—. De momento acucia preparar nuestra coartada. Cada uno de vosotros llevará puesta una americana mía al taller. Aquí están.

De un armario sacó cuatro americanas diferentes, que los muchachos se pusieron. No les quedaban muy bien, especialmente a Pete.

—¡Santo Cielo! ¿A qué jugáis? —preguntó la señora Jones cuando los vio—. Declaro que no entiendo a la juventud actual.

—Vamos a gastar una broma a unos… amigos, tía Mathilda —explicó Júpiter.

El señor Jones se rió.

—Ardides de muchacho, querida Mathilda —dijo—. Cuando yo era chico, también me sentía pleno de buen humor.

Poco después se hallaban en el taller. El ingenio que Júpiter había construido, yacía sobre la mesa. Era un objeto de metal con un palo largo, vagamente parecido a una aspiradora. Un par de auriculares de teléfono aparecían conectados con alambre a la pieza metálica.

En el taller había cuatro maniquíes de los que Titus Jones comprara días atrás. Estaban en fila como soldados sin cabeza en posición de firmes.

—Ahora vestiremos estos maniquíes —anunció Jupe—. Para eso os hice poner las chaquetas. Si alguien nos espiaba, en modo alguno se habrá percatado de que llevábamos ropas de más. Cada uno que ponga su chaqueta a un maniquí, y que se la abroche bien.

Todos obedecieron. Cuando hubieron terminado, los maniquíes lucían chaquetas cuyas mangas caían lacias.

—No parecen muy reales —observó Pete—. Bueno, si es que pretendes engañar a alguien con ellos.

—Mejorarán su aspecto cuando les pongamos cabezas —dijo Jupe—. Aquí están.

Abrió una bolsa de papel y sacó cuatro grandes globos azules.

—Cada cual que sople uno hasta el tamaño preciso, y atadlo al cuello del maniquí —instruyó Jupe.

Siguieron su ejemplo. Pero incluso con globos por cabeza, los maniquíes aparecían muy tristes.

—Los defectos no se apreciarán en la oscuridad —dijo Jupe.

Aguardaron a que oscureciese. Los cuatro maniquíes con cabezas de globo, empezaron a tener aspecto extraño y espantable en las sombras. De repente sonó una bocina en el Patio Salvaje.

—Es Worthington —exclamó Júpiter—. Le dije que aparcara lo más cerca posible del taller. Bien, cada uno de nosotros llevará un maniquí.

Con los grotescos muñecos en sus brazos, desfilaron entre montones de chatarra, hasta el negro bulto del «Rolls-Royce». Worthington tenía abierta la puerta, con las luces interiores apagadas.

—Aquí estoy, *master* Júpiter —dijo—. Espero sus órdenes.

—Éstos son sus pasajeros, Worthington —anunció el primer investigador.

—Muy bien —contestó el chófer—. Déjenme ayudar a colocarlos en el interior del coche.

Segundos después, los cuatros supuestos viajeros descansaban apoyados en el respaldo del vehículo. Con la puerta cerrada y las luces apagadas, cualquiera habría pensado que eran personas, cuyas cabezas se movían. Desde cierta distancia, podían muy bien ser confundidas con cuatro chicos en el asiento posterior.

—Conforme, Worthington —dijo Júpiter—. Ahora conduzca por la carretera de la costa y piérdase entre las colinas durante dos horas, antes de regresar aquí y descargar los maniquíes. Creo que ya no volveremos a vernos. Nuestros derechos de usar el coche han terminado.

—Eso me han dicho —confirmó el chófer inglés—. Lo siento. He sido feliz al servicio de ustedes. Bien, me voy ahora.

—No encienda los faros hasta pasado un bloque —recomendó

Júpiter.

Los muchachos contemplaron cómo se alejaba. Parecía que tratase de pasar inadvertido.

—Bien —dijo Bob—, si alguien vigila, supondrá que somos nosotros, al menos de momento.

—Confío en que los espías seguirán el coche para ver dónde vamos —replicó Júpiter—. Ahora es nuestro turno. Saldremos por la Puerta Roja de Rover, para reunimos con Hans en el camión. Pete, lleva mi detector.

El segundo investigador cogió el objeto que Júpiter había construido, y uno tras otro se deslizaron por la Puerta Roja de Rover, hasta un callejón oscuro.

Recorrieron varios bloques antes de ver a Hans y el camión aguardándoles en las profundas sombras. Subieron al vehículo, que se puso en marcha. Comprobaron que nadie los seguía.

El viaje al Cañón Esfera se hizo sin contratiempo alguno. Alcanzaron la casa medio derruida del tío de Gus, sin que oyeran sonidos o vieran movimientos. Grandes camiones permanecían aparcados sobre el césped, junto a la aplanadora, en espera de un nuevo día. Por fortuna, no había vigilante nocturno.

—Después que salgamos —ordenó Júpiter al bávaro—, bloquee la carretera. Si alguien se acerca, haga sonar la bocina.

—Conforme, Jupe —convino Hans.

—Hasta ahora, todo sale bien —explicó Júpiter, bajando la voz —. Vamos a comprobar si mi detector es capaz de preguntar al águila cuál es el sitio adecuado.

—Me gustaría oírte palabras con sentido —se quejó Pete, mientras se apeaban del camión con dos palas y el invento de Júpiter.

—Esto es un detector de metal —anunció el jefe, que se hizo cargo del instrumento, y se internó en el prado—. Detectará cualquier metal enterrado bajo tierra a no mucha profundidad.

—El Ojo de Fuego no es de metal —objetó Bob.

—Ya lo sé; empero, esta mañana, al agacharme para atar mi zapato, después de tomar la fotografía de la casa, enterré medio dólar de plata en el lugar apropiado. Y este medio dólar ostenta un águila en su reverso. Ya sabéis a qué águila voy a preguntar.

—Sin embargo aún no eran las dos y media, Júpiter —intervino

Gus mientras caminaban sobre el prado en la oscuridad—. Eran las dos y cuatro.

—Calculé el probable movimiento de la sombra durante los siguientes quince minutos —explicó Júpiter—. Seguro que nos hallaremos muy cerca del lugar ahora mismo.

Se detuvo, y colocó la parte plana del instrumento en el suelo, y se acopló los auriculares en las orejas. Luego giró un interruptor y empezó a mover el detector de metal arriba y abajo del césped.

—En cuanto encuentre algún metal, zumbará —dijo Júpiter—. Está muy oscuro, pero esto parece más o menos el lugar donde estuvimos, a juzgar por la casa.

Se movió de una a otra parte, ampliando el radio de acción. Cuando se hubo cansado, lo reveló Pete. Pero el artefacto rehusaba zumbar.

—Hemos perdido el águila —dijo Pete preocupado—. Es un campo demasiado grande, y nos llevará toda la noche su búsqueda.

—Tiene que estar en algún lugar próximo —afirmó Júpiter—. La clavé de canto, de modo que resultara posible su localización. Desvíate un poco, segundo.

Pete siguió las indicaciones, y, de repente, dio un salto. ¡La máquina había zumbado un momento!

—¡Retrocede! ¡Pasaste por encima de la moneda! —susurró Jupe.

Pete movió el instrumento centímetro a centímetro.

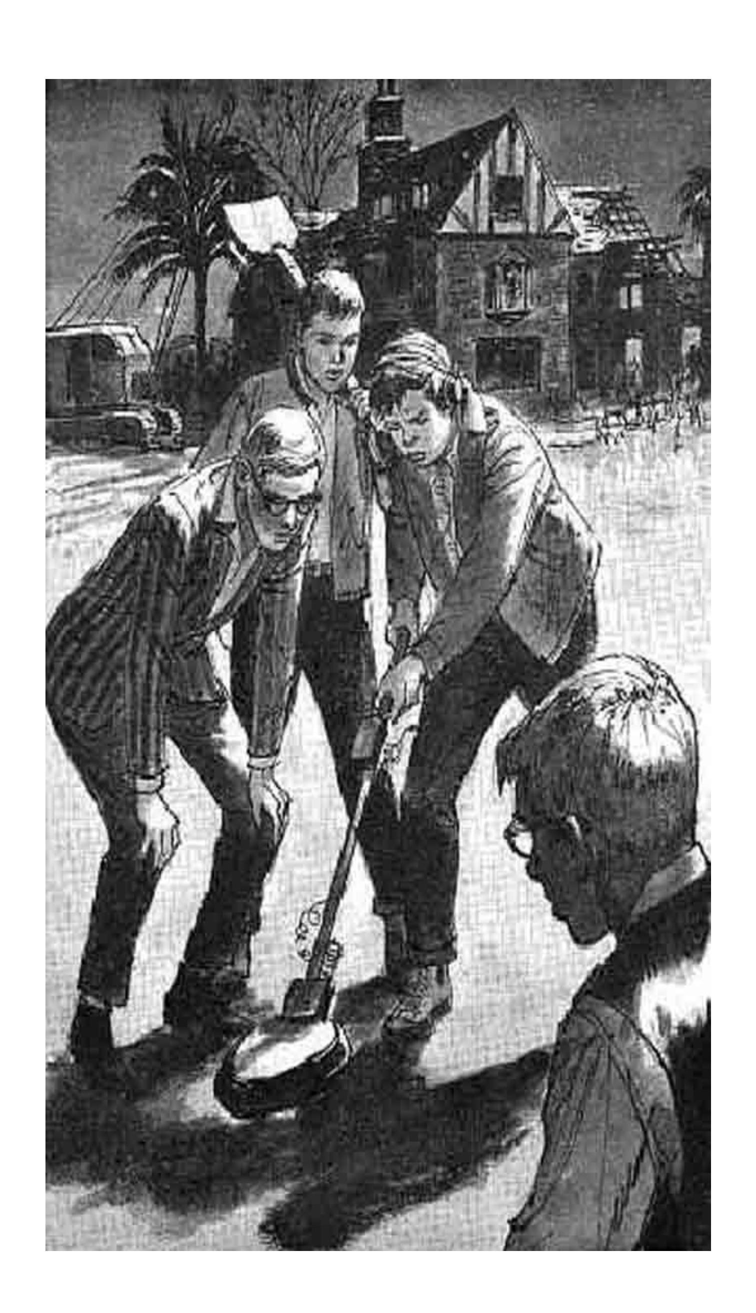
De nuevo, el sonido zumbó inequívoco en sus oídos. Entonces asentó firmemente el detector sobre la hierba.

—¡Lo hemos encontrado! —gritó.

Júpiter se puso de rodillas en el suelo, descolgó la linterna de su cinto, y manteniendo el resplandor junto al suelo, palpó la tierra hasta encontrar su medio dólar.

—Llegó la hora de cavar —dijo—. Quizá no esté aquí mismo, y nos veamos obligados a extender el agujero.

Pete cogió una pala y empezó a excavar. Lentamente, el agujero ganó en profundidad y extensión. Salvo el ruido de la pala, el silencio era absoluto.



Todos confiaban en que la pala chocase con metal o madera, empero no sucedió. Pete limpióse la frente.

—Me hallo extenuado, Jupe. No creo que éste sea el lugar.

El primer investigador no respondió. Miró la oscura sombra de la casa, apenas visible, y luego el picacho del cañón, que se recortaba en el estrellado firmamento. Al fin se desplazó un paso hacia la casa.

—Prueba aquí —ordenó.

—Conforme —aceptó Pete.

La pala empezó a sacar tierra. Minutos después, rozó una piedra… ¿Una piedra?

—Algo se interpone —murmuró Pete.

—Déjame ver —pidió Jupe, tensos los nervios.

Enfocó su linterna y vio el ángulo de una pequeña caja que parecía hecha de piedra. Seguidamente se arrodilló y extrajo tierra con los dedos, hasta que pudo cogerla. Tiró de un lado a otro, y, finalmente, logró desprenderla.

—Algo tenemos —susurró—. Es una caja hecha de esteatita. Bob, enfoca la luz mientras intento abrirla.

Júpiter forzó el cierre de oro. Primero un lado, después otro. Luego captaron un ligero ruido, la caja se abrió de golpe. Júpiter vaciló un momento, antes de alzar lentamente la tapa.

Una brillante y roja piedra resplandeció desde un lecho de algodón.

—¡Lo hallamos! —gritó Pete—. ¡Lo conseguimos, Jupe! ¡Lo conseguiste!

—¡Buen trabajo! ¡Buen trabajo! —exclamó Gus.

Júpiter no llegó a contestar. De repente, los cuatro chicos se convirtieron en rígidas figuras de piedra. Pareció que la noche se convertía en una explosión de brillante luz. Los muchachos quedaron en el centro de poderosos destellos de linterna.

Casi cegados, apenas pudieron ver las cuatro figuras que se acercaban silenciosas hacia ellos, de todos lados.

—¡Muy bien, chicos! —Gruñó una voz familiar—. Al final lo habéis conseguido, ¡entregádmelo!

Los muchachos parpadearon de asombro. Detrás de las linternas vieron difusamente las figuras con bigote que se cerraban alrededor de ellos. Uno dé los aparecidos, les apuntaba con un arma de fuego.

—¡La banda de Bigote Negro! —Consiguió susurrar Bob—. ¡Nos esperaban ocultos detrás de los camiones!

—Nos enteramos de vuestro viaje aquí esta mañana —dijo el llamado Joe—, y cómo os despidieron. Estábamos seguros de que volveríais.

—¡Dejad de hablar! Dame la piedra, chico —atajó Hugo—. Entrégamelo ahora mismo y no intentes ningún ardid para evitarlo.

Júpiter parecía más asustado que nunca, según apreciación de Bob. Su mano temblaba. La caja de piedra con el rubí se cayó de sus dedos al agujero.

—Yo… yo la cogeré —dijo, rota la voz—. Aquí está. Si la quiere… ¡cójala!

La tiró al aire por encima de la cabeza de Hugo, y trazando un pequeño arco carmesí desapareció en la oscuridad…

Capítulo 17

¡Dame el Ojo de fuego!

Hugo profirió una fea maldición y se giró.

—¡Buscadla! —gritó—. ¡Girad las luces en aquella dirección!

Las linternas alumbraron hacia donde Júpiter había tirado la piedra. Éste dio órdenes también.

—¡Al camión! —gritó—. ¡Deprisa! ¡No dispararán!

Saltaron como cuatro conejos y corrieron hacia el sitio en que los aguardaba Hans, que atento a la carretera de entrada al cañón, no se percató del incidente.

La banda de Bigote Negro buscaba el Ojo de Fuego entre la alta hierba cuando los chicos alcanzaron el camión y treparon a la parte de atrás.

—¡Hans! ¡De prisa! —gritó Júpiter—. ¡Sáquenos de aquí!

Hans no formuló preguntas. El motor rugió, y el camión, segundos más tarde corría veloz por la estrecha carretera.

Los cuatro amigos no cambiaron impresiones, pues se hallaban ocupados en mantenerse firmes entre bote y bote y al coger las pronunciadas curvas. El tráfico era escaso y realizaron el viaje de regreso al Patio Salvaje de los Jones en muy poco tiempo. Cuando atravesaron la verja abierta del patio a oscuras, se bajaron del vehículo. Entonces comprobaron que además del Ojo de Fuego, se habían dejado atrás las palas y el detector de metal.

Los muchachos se agruparon delante de la oficina.

—Bien —suspiró Pete—. El caso ha terminado.

—Sí, nos superaron en astucia —reconoció Bob.

—Simple apariencia —se jactó Júpiter.

—¿Simple apariencia? —preguntó Gus—. ¿Por qué no te

explicas mejor y lo entenderemos, Júpiter?

—Esperaba que vigilasen el «Rolls» —dijo Júpiter—. Pero no me imaginé que pudieran esperarnos en la casa. Afortunadamente, el instinto me indujo a tomar precauciones que dieron resultado. Bob, enfoca tu linterna.

Bob alumbró la mano abierta del primer investigador, en cuya palma brilló una maravillosa piedra roja.

—Os presento el verdadero Ojo de Fuego —dijo Júpiter—. El que tiré era la piedra de imitación que Tres Puntos dejó aquí. Me la llevé, como antes dije, por mera corazonada. Cuando me agaché a recoger la caja y el rubí realicé una simple sustitución.

—¡Jupe, eres un genio! —gritó Bob.

—¡Por supuesto que lo es! —coreó Gus—. ¡Los engañaste muy bien!

—Me descubro ante el genio —exclamó Pete.

De repente, una voz fría, queda y mortal, habló por encima de sus hombros.

—Y yo me llevaré el Ojo de Fuego ahora, mi joven caballero. Haz el favor de entregármelo.

Antes de que pudieran comprender lo sucedido, la luz del patio, instalada frente a la oficina, se encendió. Un hombre alto y delgado, que había permanecido oculto detrás dé la esquina del edificio, avanzó un paso, tendida su mano.

Era Tres Puntos. Su estoque brillaba en la otra mano, pronto a ser empleado.

Los chicos lo miraron demasiado atónitos para reaccionar.

—¡No intentéis huir!

A ninguno de los cuatro se le ocurrió semejante Idea. Tres Puntos seguía con la mano tendida.

—No me hagáis esperar más tiempo. Llevo aquí toda la noche. Vuestra estratagema del «Rolls-Royce» con maniquíes en vez de personas resultó muy divertida, y también un fracaso. Comprendí en seguida que lograríais engañar a aquellos pobres diablos con falsos bigotes, como ya había ocurrido antes con la cabeza de Augusto. Ya les advertí que los bustos eran sólo una pista falsa, pero no me creyeron. Tarde o temprano, vosotros hallaríais el auténtico Ojo de Fuego. Por eso monté mi propia vigilancia. Ahora, ¡dádmelo!

Bob comprendió que estaban perdidos y sin posible escape. Lo

único a hacer era entregar el Ojo de Fuego.

Pero Júpiter no compartía el temor de su ayudante. Sopesó la roja piedra en su mano, y dijo con estudiada parsimonia:

—Señor Rhandur, ¿procede del Templo de Justicia de Pleshiwar?

—Así es, muchacho. Yo soy un contacto con el mundo exterior desde hace cincuenta años. Yo y otros hemos buscado sin descanso esta piedra, para que de nuevo su justicia juzgue el bien y el mal en nuestro templo. El Ojo de Fuego lo vendió un sacerdote renegado que temió ser acusado de sus muchos delitos. Empero no escapó del castigo reservado a quienes roban esta piedra. Ahora dámela antes de que tú sufras las consecuencias.

Alzó significativamente su estoque. Júpiter continuó inmóvil.

—Usted sabe que ha perdido su maleficio. Aunque su propiedad sólo es factible por hallazgo, compra o regalo. Eso es lo que dice la leyenda. Y yo la encontré, luego no corro ningún peligro. Y ahora se la doy a… Gus.

»Toma, Gus —entregó el rubí al joven inglés, que lo cogió algo aturdido—. Te la he dado y eso te protege de cualquier maleficio —se volvió al indio—. Si usted, señor Rhandur, se la quita, tendrá que afrontar las consecuencias.

Durante largos minutos el alto caballero permaneció indeciso. Su mirada era tan penetrante como la de un águila. Luego, lentamente, retiró su mano extendida, y la hundió en un bolsillo de su americana.

—Estaba seguro de asustarte y que terminarías entregándomela —admitió el indio—. Pero me equivoqué. Tienes razón, no me atrevo a robarla. No obstante… —Se sacó la mano del bolsillo, y entre sus dedos apareció un alargado papel verde. Lo tendió a Gus.

—Puedo comprar el Ojo de Fuego —añadió—. Este talón está certificado. Desde el principio estuve dispuesto a comprarlo si no lo adquiría legalmente de otro modo. Quizás encuentres quien te pague más que yo, si bien te expones a no venderlo nunca. Su historia es muy conocida, y ningún anticuario de categoría querrá tenerlo en su poder. Te aconsejo que aceptes lo que te ofrezco.

Lentamente, Gus cogió el talón, y al leerlo, su mandíbula se cerró con fuerza.

—¡Atiza! —exclamó imitando a sus amigos norteamericanos—.

Conforme, señor, téngalo, es suyo.

Alargó su mano con el rubí, y el indio se lo guardó en un bolsillo. Luego de una inclinación de cabeza, dijo:

—No temáis nada de esos truhanes de tontos bigotes. Son meros oportunistas que se enteraron del tesoro oculto por el señor Agosto y querían encontrarlo para vendérmelo. Lamento haber pretendido asustaros y que me lo entregarais por nada.

Durante un momento los miró en silencio.

—Tal vez queráis saber por qué vine a este país. Se debe a que leí en los periódicos la muerte del señor Agosto. Hace años que leo todas las esquelas mortuorias que la prensa del mundo publica. Al fin hallé lo que tanto ansiaba. Adiós, jovencitos.

Se fue sin hacer ruido. Un coche oculto se puso en marcha y desapareció.

Los cuatro amigos se miraron.

—Tengo ganas de pellizcarme para comprobar si todo esto es real —dijo Bob.

—Estoy demasiado aturdido, incluso para pellizcarme —admitió Gus—. Este cheque… bueno, es fabuloso. ¡Vaya herencia me dejó tío Horacio! Pero de no haber sido por Júpiter, jamás la habría obtenido.

Los tres chicos prorrumpieron en risas y gritos de felicitación mientras golpeaban a Júpiter en la espalda. Éste no se inmutó, parecía malhumorado, negándose a participar en la algarabía de sus camaradas.

—¿Qué sucede, Jupe? —preguntó Bob—. Tendrías que sentirte como huevo de pascua. ¿Qué te ocurre?

—¿Qué me ocurre? —suspiró Júpiter—. Miradme. Estoy sucio. Mis manos, mi cara, mis ropas. ¿Y sabéis lo que dirá tía Mathilda en cuanto entre en la casa? ¡Jupe, a tomar un baño!

Capítulo 18

Alfred Hitchcock habla

Poco más resta por explicar del *Misterio del Ojo de Fuego*.

Del talón que Augusto Agosto recibió por el rubí, dio a cada uno de los Tres Investigadores una generosa recompensa; pero este dinero ingresó en el fondo del colegio. También hizo ciertos arreglos financieros con el señor Gelbert, gerente de la compañía Rent'n-Ride para asegurar en lo futuro a los Tres Investigadores el transporte en automóvil. Worthington y el magnífico «Rolls-Royce» de adornos dorados estaría al servicio de ellos siempre que lo necesitasen.

Algunas preguntas fueron aclaradas después que se cerró el caso. El señor Dwiggins era ajeno a la banda de Bigote Negro, aunque sí responsable de haber facilitado una copia del misterioso mensaje del señor Agosto. Hugo, el jefe de los «Bigotes Negros», era su sobrino. Éste oyó decir cómo el señor Rhandur ofrecía pagar a su tío una gran suma de dinero, si le facilitaba una pista del paradero del rubí.

Hugo consiguió que su tío le entregase la copia del mensaje. El señor Dwiggins amañó la falsa historia del asalto a su persona, avergonzado de haber ayudado a su sobrino, si bien contra su voluntad. Hugo había permanecido en una estancia contigua mientras el señor Dwiggins era «rescatado» y oyó lo de los bustos de yeso, que supuso importantes.

Después cerró un trato con el señor Rhandur, quien aceptó comprar el rubí, si Hugo lo adquiría. Éste reunió a varios amigos de dudosa conducta, consiguió la cooperación del señor Jackson, y empezó la búsqueda del Ojo de Fuego.

Esto aclaró a Júpiter la incógnita de cómo el señor Rhandur se hizo con el rubí falso, después de que Hugo lo robase. Éste se lo llevó en persona. Sin embargo, el señor Rhandur averiguó en seguida que era falso. La supuesta muerte de Hugo a manos del indio fue una estratagema para asustar a los muchachos.

Gus regresó a Inglaterra. Hugo y sus amigos se dispersaron. El Ojo de Fuego está otra vez en su lugar acostumbrado, en el Templo de Justicia de Pleshiwar, India.

Los Tres Investigadores buscan ahora otro misterio que resolver, y no sorprendería recibir noticias suyas en cualquier momento. Podéis estar seguros de que os transmitiré las nuevas aventuras que surjan.

FIN



ROBERT ARTHUR. Nació el 10 de noviembre de 1909, en Fort Mills, la isla de Corregidor, Filipinas, donde estaba destinado su padre, Robert Arthur padre, entonces un teniente en el ejército de Estados Unidos. Su madre, Sarah Fee Arthur, exintegrante de Nueva Orleans. La infancia de Arthur fue de translado en traslado, ya que su padre fue trasladado de una a otra base militar. Arthur y su hermano menor, John Arthur, nacido en 1914, fueron educados en las escuelas públicas de Hull, Massachusetts, Ann Arbor, Michigan, de Leavenworth, Kansas, y Hampton, Virginia. Mientras que su padre estaba destinado en el Fuerte Monroe en Hampton Roads, Virginia, Arthur asistió Hampton High School, donde fue elegido Presidente de la categoría de mayores.

A pesar de que ganó la entrada de West Point, Arthur decidió no seguir a su padre en el ejército, y en su lugar se inscribió en William and Mary College en Williamsburg, Virginia en el otoño de 1926. Dos años más tarde, se trasladó a la Universidad de Michigan en Ann Arbor, donde Arthur había vivido durante algunos años en los que su padre había sido un profesor militar de ciencias y táctica en el programa ROTC. Arthur se graduó de la Universidad de Michigan en 1930 con una Licenciatura en Inglés con Distinción. Después de trabajar como redactor en una de las publicaciones Munsey, regresó

a la Universidad de Michigan, donde recibió su Maestría en Periodismo en 1932.

Más adelante se mudó a Nueva York, donde vivió en Greenwich Village, en un apartamento sin ascensor. Durante este tiempo, él comenzó a escribir cuentos para su publicación en revistas pulp. Entre su graduación de Michigan en 1930 y 1940, sus cuentos fueron publicados en Wonder Stories, Semanarios de novelas de detectives, Detective Fiction Weekly, Mystery, The Illustrated Detective Magazine, Street &
Smith's
Detective Story Magazine, Amazing Stories, The Shadow, Street & Smith Mystery Reader, Detective Tales, Thrilling Detective, Double Detective, Startling Stories,
Collier's
, The Phantom Detective, Argosy Weekly, Unknown Worlds y Black Mask.

Además, durante este tiempo, Arthur trabajó como escritor y editor de pulp western, fact detective, y screen magazines para Dell Publishing, y fue editor asociado de la Foto-Story, una revista de fotografía publicada por Fawcett Publications. Más significativamente, concibió y editó Pocket Detective Magazine para Street and Smith, la primera revista de bolsillo, todo ficción, en la que varios de sus relatos fueron publicados. En febrero de 1938, se casó por primera vez a Susan Smith de Cleveland, una actriz de «radio soap opera», de quien se divorció en 1940. Ese mismo año conoció a la mujer que se convertiría en su segunda esposa, Joan Vaczek, en una clase para el relato corto que tomó de Whit Burnet en la Universidad de Columbia.

Ese mismo año, Arthur también tomó una clase en la Universidad de Columbia para escritura en radio, en la que la clase se encontraría con su futuro compañero, David Kogan, con quien finalmente escribió y produjo su propio programa de radio, The Mysterious Traveler, que se emitió en la Mutual Broadcasting System desde 1944 hasta 1953, y que ganó el premio Edgar Allan Poe al Mejor Programa de Radio de Misterio del Año en 1952 por los Mystery Writers of America. The Mysterious Traveler también se emitió como el nuevo título de Adventure into Fear, y desde 1948

hasta 1951 juntos, Arthur y Kogan también produjeron Dark Destiny, una serie de televisión dramática. En diciembre de 1946, Arthur y Vaczek se casaron, y se trasladó a Sharon, Connecticut y luego a Yorktown Heights, Nueva York, donde tuvieron dos hijos, Robert Andrew Arthur (1948) y Elizabeth Ann Arthur (1953). En 1953, a causa de la participación de Arthur, y la participación de su socio David Kogan, en el Gremio de Escritores de Radio, The Mysterious Traveler fue cancelada abruptamente. WOR y la Mutual Broadcasting System, durante la era McCarthy, que se cree que el GTR se llevaba los escritores, en las palabras de Kogan, «por el camino a Moscú» la carrera de Arthur como escritor para la radio llegó a su fin. Antes de que terminara, sin embargo, escribió y produjo más de 500 guiones de radio para sus dos *shows*, así como para otros programas como The Shadow and Nick Carter. Terminado 1952, Arthur trabajó como co-productor para un espacio de misterio en la radio. Continuó, además, la publicación de relatos de corte pulp.

En 1959, después de su divorcio de Joan Vaczek, Arthur se mudó a Hollywood, donde trabajó en la televisión. Escribió guiones para The Twilight Zone, y trabajó como editor de historias y guionista de programa de televisión para Alfred Hitchcock, en Alfred Hitchcock presenta. En 1962 se trasladó de nuevo de Hollywood a Cape May, Nueva Jersey, donde vivía con la tía de su padre, Arthur, Margaret Fisher hasta su muerte en 1969. Debido a su asociación con Hitchcock, Arthur tuvo, durante este período, una estrecha relación con Random House para editar una serie de antologías literarias que pudieran aprovechar la popularidad de Hitchcock. Arthur editó una serie de antologías dentro de Alfred Hitchcock Presents que incluyen AHP: Historias para el atardecer, (1961); AHP: Historias que mi madre nunca me contó, (1963); AHP: Prohibido a los nerviosos, (1965); AHP: Relatos que me asustaron, (1967); AHP: historias que no me dejarían hacer en TV, (1968). Al mismo tiempo, Arthur ha participado en la edición de una serie de antologías para jóvenes lectores, como Alfred
Hitchcock's
Haunted Houseful, (1961); Alfred
Hitchcock's
Ghostly Gallery, (1962); Alfred

Hitchcock's
Monster Museum, (1965); Alfred
Hitchcock's
Sinister Spies, (1966); y Alfred
Hitchcock's
Spellbinders in Suspense, (1967). También editó, bajo su propio nombre, Davy Jones Haunted Locker, (1965); Spies and More Spies, (1967); and Thrillers and More Thrillers, (1968). Las colecciones de cuentos propios de Arthur fueron editados por Random House en Fantasmas y más fantasmas publicados en el 1965 y Misterio y más misterio, publicado en 1966.

En 1964, Arthur también publicó la primera de una serie de libros de misterio para jóvenes lectores, originalmente titulada Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores. Más tarde el nombre de Hitchcock fue eliminado. Antes de su muerte, Arthur escribió diez libros de los Tres Investigadores: El Misterio en el Castillo del Terror, El Misterio del Loro Tartamudo, El Misterio de la Momia Susurrante, El Misterio del Fantasma Verde, El Misterio del Tesoro Desaparecido, El Misterio en la Isla del Esqueleto, El Misterio del Ojo de Fuego, El Misterio de la Araña de Plata, El Misterio del Reloj Chillón y El Misterio de la Calavera Parlante. Después de la muerte de Arthur, la serie de los Tres Investigadores fue continuada por otros escritores, y antes de que la serie terminara en Estados Unidos en la década de 1990, se habían publicado un total de cuarenta y tres libros de la serie de los Tres Investigadores, y once libros en una
Spin-Off
de la serie llamada Crimebusters. Arthur murió en Filadelfia, Pensilvania, el 2 de mayo de 1969, a la edad de cincuenta y nueve años.